Des-cubrir la cultura:
una mirada feminista

Elena Águila

Des-cubrir la cultura: una mirada feminista
Elena Águila

Ediciones Con-spirando
Colección Nuevos Espacios

Edición general al cuidado de Josefina Hurtado

Registro de Propiedad Intelectual: 227.458

Impresión:
CIPID, impresión por demanda.
Fono: (56-2) 2-22366555

Colectivo Con-spirando
Casilla 371-11
Santiago de Chile
Fono: (56-2) 2-222-3001
E-mail: contacto@conspirando.cl
Sitio web: www.conspirando.cl

A mi ahijada Carmín y a mis
sobrinas Andrea y Raquel.

ITINERARIO

• Presentación 9
• Tendría que hacer memoria (a modo de prólogo) 12

I INCONFORMISTAS DE GÉNERO
• Revisitar el género 18
• Simone de Beauvoir y yo 20
• Ni celeste ni rosado: una incitación al carnaval de los géneros 26
• Tras bambalinas 32
• El cuerpo del género 37
• Violencia (doméstica cultural) de género (carta a la relatora especial sobre violencia contra la mujer de la Organización de Naciones Unidas) 41
• La memoria histórica como referencia necesaria 47
• El tapiz amarillo 53
• El secreto del hain 59

II DE CUERPO ENTERO
• Tan lejos, tan cerca 64
• Yo quiero ser igual que una sirena 65
• La fábrica de artificios: notas acerca de la intervención de los cuerpos 70
• Las señales de nuestra piel 72
• Acerca de embarazos, partos y maternidades 73

III EN MOVIMIENTO
• Yo recuerdo a Julieta Kirkwood 80
• Ivette Malverde 83
• Décimas para Ivette 84
• Encontré a la diosa en el V Encuentro (Argentina, 1990) 86
• Ecos del VI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe (El Salvador, 1993) 87
• Chile, 1996: VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe 89
• Desde la frontera 92
• Autonomía, esa palabra 93
• Autonomía: ese oscuro objeto del deseo (feminista) 96

IV DESTELLOS UTÓPICOS

• ¿Dónde estamos ahora? 102
• La corriente submarina 103
• Nuevas economías 106
• La economía invisible: acerca de la huerta de mis abuelos y otros ejemplos 107
• Cuerpos en la ciudad de los colores 112

PRESENTACIÓN

Des-cubrir la cultura: una mirada feminista es una recopilación de textos de Elena Águila, publicados en la Revista *Con-spirando*, en su mayoría, durante la década del 90. Este libro de la *Colección Nuevos Espacios* se inscribe en la celebración de los 20 años del colectivo y hace eco al lema del seminario que realizamos en octubre 2012, "Haciendo memoria – imaginando futuros".

Los textos recopilados nos remiten al tiempo de la "transición a la democracia", luego de 17 años de dictadura militar, movimientos sociales, las feministas entre ellos, denunciando violencias, haciendo memoria, relevando los frutos de largos años de trabajo y lucha y soñando nuevas relaciones. Proceso acompañado de desencantos donde la convicción de que nuestra cultura autoritaria, machista y patriarcal requiere transformaciones culturales radicales se hizo más evidente. Los 90 fueron también tiempos de grandes cambios mundiales, el fin de la guerra fría, el desarrollo cada vez más descarado del capitalismo neoliberal y la cada día más evidente crisis no del "medioambiente", sino de la manera de relacionarnos y de ubicarnos en el mundo.

Es en ese contexto que surge el colectivo Con-spirando. Los textos de Elena reflejan y ponen en palabra parte de las reflexiones que motivaron el quehacer del colectivo. En los 90, nosotras apostábamos a vivir lo que queremos, a seguir nuestro encanto, a ser propositivas más que a entrar en la marcha larga por transformar las instituciones.

El libro propone un itinerario que invita a recorrer en cuatro capítulos diferentes ámbitos del quehacer y la reflexión feminista, y a desplazarnos libremente por estos espacios íntimamente ligados: ***Inconformistas de género*** hace eco a la pregunta *pero antes que nada ¿qué es una mujer?* Y nos lleva a escuchar esos ecos provocados por *Simone de Beauvoir* y *revisitar el género.* A jugar *tras bambalinas* con aquello que no es *ni celeste ni rosado*, sino *una incitación al carnaval de los géneros.* Las complejas relaciones del sistema sexo-género requieren explorar este *cuerpo del género,* lo cual es imposible sin develar la *violencia (doméstica cultural) de género*. Para poder vivir en el mundo con bienestar, es preciso desarmar la violencia y tener *la memoria histórica como referencia*. En diferentes momentos del libro se entretejen las memorias de la dictadura, de las mujeres y sus estrategias de denunciar y recrear relaciones

y culturas. Estrategias variadas, como lo muestra la reseña del cuento *El tapiz amarillo* y también una memoria de habitantes originarias de las sureñas tierras del fuego, *el secreto del hain*.

La segunda etapa de este itinerario la haremos ***De cuerpo entero*** y poniendo atención a aquello que sentimos a la vez *tan lejos, tan cerca*. Es en el juego del espejo, en el adentro y afuera, que las mujeres enfrentamos la violencia que ejerce el mito de la belleza femenina, que incita deseos, *yo quiero ser igual que una sirena,* y produce múltiples intervenciones en los cuerpos femeninos. Es preciso visitar *la fábrica de artificios* y escribir algunas *notas acerca de la intervención de los cuerpos.* Cuerpos de los cuales no escapamos y que podemos habitar, escuchar, percibir ya que *nuestra piel está viva de señales* A partir de la propia experencia, Carmen Durán comparte sus reflexiones *acerca de embarazos, partos y maternidades*, señalando como se entretejen lo íntimo personal y la política, y nos advierte, *sospecha, mujer, sospecha,* que sigamos alertas frente a los múltiples controles sobre nuestros cuerpos. Cuerpos que son múltiples y diversos, al igual que las identidades de las mujeres en nuestro continente, *mestiza, champurria, revoltijeada*.

Con el deseo de que el inconformismo de género y las mujeres presentes de cuerpo entero hagan eco en el movimiento de mujeres/feminista, que ha sido el espacio que ha nutrido muchas de estas reflexiones, nos desplazamos hacia el capítulo ***En movimiento***, encontrándonos en compañía de *Julieta Kirkwood e Ivette Malverde*, quienes marcaron hitos en la genealogía feminista en Chile. Hacer memoria lleva a releer los textos y a remirar propuestas, prácticas, relaciones tejidas o cortadas en el camino. Ser autocríticas. *Ecos del VI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe (El Salvador, 1993)* y *Chile, 1996: VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe* nos muestran desde la pluma y subjetividad de Elena dos momentos del movimiento feminista del continente. Aparece un gran nudo, el tema de la autonomía, entran en juego las pertenencias, las instituciones, surge la pregunta por los límites. Quizás es *desde la frontera* donde se puede mirar y comprender mejor significados y usos de la *autonomía, esa palabra* y descubrir la *autonomía: ese oscuro objeto del deseo (feminista)*.

Todo eso implica un trabajo arduo, para cambiar la cultura, las relaciones, el mundo con placer y pasión, desatando nudos y encontrando en estos movimientos ***Destellos utópicos***. Porque no siempre está claro hacia donde ir y qué caminos tomar. La pregunta *¿dónde estamos ahora?* nos trae de vuelta una y otra vez a la tierra. Nutridas por *la corriente submarina* tomamos fuerzas. Porque en realidad no hay espacio que no requiera ser transformado. Tarea difícil cuando se trata por ejemplo del ámbito económico. *Nuevas economías*, economías solidarias, trueques... nuevos ensayos y

prácticas ya existentes y poco valoradas: *la economía invisible: acerca de la huerta de mis abuelos y otros ejemplos*. Cada artículo, cada reflexión nos abre a nuevas experiencias y nuevas preguntas, movimiento constante que a ratos parece superarnos por lo gigante y profundo de los cambios requeridos. Pero por algo se empieza en este camino de transformar-nos y des-cubrir la cultura, *cuerpos en la ciudad de los colores*.

La lectura despierta recuerdos, invita a hacer memoria, también a sentir, percibir y hacer preguntas. Las preguntas son quizás lo más característico de esta primera etapa del colectivo. Hacer preguntas sin fin para revolver las certezas, las seguridades supuestas, los patrones incuestionables que nos habitan y que habitamos. Hacer preguntas, a ratos juguetonas, por el gusto de hacerlas, jugar con las palabras, las imágenes, tras bambalinas, jugar con los roles, ponerlos en escena. No caer en la tentación de reemplazar las certezas anteriores por nuevas certezas, sostener y tolerar la incertidumbre, mientras seguimos creando espacios en movimiento.

Gracias Elena, por el trabajo y por el placer que produce la nueva lectura de estos textos, gracias a Carmen por estar presente a lo largo de los años en conversaciones y textos e inspirarnos desde la casa de los colores.

Ute Seibert
Colectivo Con-spirando
Santiago de Chile, 2012

TENDRÍA QUE HACER MEMORIA
(a manera de prólogo)

Nuestra memoria es un holograma del deseo en el que aparecen en sincronía la dimensión de nuestras vidas reales, la de nuestra imaginación y la amplitud de nuestro deseo.
Nicole Brossard*

Este libro quiere ser parte de la celebración de los veinte años de Con-spirando, un colectivo de mujeres del cual soy co-fundadora. Fue en Santiago de Chile que nos reunimos, en 1991, en torno a las palabras ecofeminismo, espiritualidad y teología feminista. El momento parece propicio para hacer memoria. Colgándome de palabras de Nicole Brossard diría que veinte años ameritan una "memoria de actualización". Una memoria que, al decir de la autora, "informa, revoluciona y energetiza".

Hacer memoria nos conmina a "decir la leyenda de nuestras vidas" ("leyenda": ese relato basado en hechos reales que el tiempo transforma). Solo si articulamos este relato, nos propone Brossard, seremos capaces de "engendrar nuevas escenas, de inventar nuevos personajes, de producir nuevas réplicas abriéndonos de esta manera un camino en el presente". Quisiera contribuir, entonces, a *decir la leyenda* del colectivo Con-spirando. Una parte de esa *leyenda,* por supuesto. Porque se trata aquí de una leyenda que solo puede ser contada a través de un diálogo de voces cuya suma, ya sabemos, será siempre menor que el todo.

Animada, así, por el deseo de abrir un camino en el presente (hacer "acto de presencia"), he buscado las huellas de mi participación en el Colectivo y las he encontrado sobre todo en la revista que creamos en 1992. Este libro recoge esas huellas y las dispone bajo la forma de un itinerario que pienso no es solo personal.

Vuelvo, entonces, a donde todo empezó: al año 1991, cuando no teníamos nombre ni propósito que no fuera reunirnos una vez a la semana a celebrar ritos. Sí, a celebrar ritos. Cada una apelando a su memoria, a su historia, a sus deseos y visiones proponía símbolos, palabras, gestos, música... Veníamos

de distintas historias de pertenencias, militancias y desplazamientos político-culturales pero coincidíamos en dos cosas: queríamos un lugar seguro para expresar, en comunidad y con la mayor libertad posible, algo que, a falta de mejor palabra, llamamos "espiritualidad"; y, después de mucho tiempo o quizás por primera vez, queríamos un espacio para nosotras mismas. No pretendíamos ayudar, apoyar, educar, sostener a nadie que no fuera a nosotras mismas. Un par de horas, una vez a la semana. Era una necesidad sentida: ejercer el autocuidado y parar. Parar y respirar hondo. Encontrar o recuperar el sentido de la palabra "religión" ("religare": volver a unir, a establecer vínculos... aunque otros dicen que es "relegere": re-leer; no me parecen significados tan distintos, en realidad).

Creo ahora que había en esos encuentros, entre otras cosas, un deseo de intervenir en el lenguaje, un deseo de hacer "acto de presencia" en el lenguaje (de las celebraciones pero también más allá de ellas): "hay en el deseo y la necesidad de reinventar la lengua una intención de felicidad, una trama utópica, una gran responsabilidad".*

Creo también que fue desde ese deseo y esa necesidad que a finales de ese año decidimos intentar vincularnos con otras mujeres, que intuíamos afines, no solo en Chile sino en América Latina. Así fue que en marzo de 1992 lanzamos al aire el primer número de la revista *Con-spirando* en el que dijimos:

> *Sabemos que hay repartidas por nuestro continente*
> *– y las experiencias compartidas en los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe así nos lo han señalado–*
> *mujeres provenientes de distintas tradiciones*
> *cristianas católicas evangélicas*
> *rescatadoras de las religiones y cosmovisiones*
> *de los pueblos originarios de estas tierras*
> *monjas ex monjas pastoras teólogas misioneras laicas*
> *o simplemente laicas (ateas en crisis, agrego ahora)*
> *que están desarrollando su espiritualidad*
> *construyendo sus teologías*
> *desde sus cuerpos sus espíritus sus vidas*
> *sus experiencias de mujeres*
> *desde una perspectiva feminista***

Queríamos ser parte de una red que conectara a todas estas mujeres "repartidas por nuestro continente". La revista podía ser un primer espacio de encuentro, pensamos en ese momento, y la imaginamos como:

un lugar para compartir intercambiar
experiencias ideas recursos información
darnos ánimo también
alentarnos
saber que estamos respirando-con-otras
*con-spirando...***

De ahí en adelante, hasta 1998, participé de cuerpo entero en la producción de esta revista así imaginada, sobre todo editando y escribiendo.

Este libro, mi versión de los hechos, reúne buena parte de lo que publiqué en la revista en esos años. No es esta una versión corregida y aumentada. Más bien diría que es incorregible y disminuida. Ha corrido mucha agua bajo los puentes del feminismo en general y del mío en particular. Aun así, sigo pensando que los temas sobre los que escribí en los 90 y principio del 2000 siguen siendo, o yo esperaría que lo fueran, del mayor interés (feminista). Pero hay algo en el tono con que escribí sobre esos temas que hoy modularía un poco. Creo que hoy en día le bajaría la intensidad al entusiasmo con el que apostaba a las posibilidades de transformación cultural desde las prácticas cotidianas, desde los microespacios, desde la determinación personal de vivir en el presente de la manera que imaginamos el futuro. Algo así como: revolución cultural ahora, dar la espalda a las instituciones, los poderes, autonomizarse (cultural, política y económicamente). No de manera individual, claro. En colectivos, comunidades, localidades. Hoy, valorando las iniciativas que puedan ir en esa dirección, creo, primero, que hacerlo es mucho más difícil de lo que pensaba, que había una gran cuota de voluntarismo en mis propuestas; y, segundo, que habría no solo que dar la espalda a las instituciones sino también enfrentarlas un poco (aunque quizás esto sea aún más voluntarista que mis propuestas autonomistas de los 90). Hoy no quiero tanto salirme de la cultura (no creo que se pueda en realidad) como vivir en ella lo más dignamente posible. Empujar los límites impuestos al ejercicio de mi ciudadanía. Que la impotencia frente al poder del capital(ismo) con su cultura de la mercantilización y el consumismo colonizando hasta el último rincón de nuestra existencia no me amargue el pepino (si se me permite la expresión) y me vuelva pesimista hasta la inmovilidad. Ahora quiero apoyar a las/los que siguen intentando generar cambios tanto desde afuera como desde dentro de las instituciones. Más bien decidir en cada caso donde pongo la energía disponible para la acción (que se quiere) política. No tengo una línea de acción política general. Voy con el tráfago del tiempo que me tocó en suerte no más.

Encontrarán también en este libro algunos escritos de mi comadre,

Carmen Durán**, publicados en *Con-spirando* unos e inéditos otros. Los he incluido porque buena parte de lo que aquí reúno, además de ser fruto del diálogo continuo con las integrantes del Colectivo, sale de una exultante conversación que empezamos hace 35 años y aún no logramos (tampoco queremos) terminar. Me pareció que su presencia, acá en el libro, "realzaría el evento".

Al intentar agruparlos textos y descartando de partida el orden cronológico, estos se fueron distribuyendo en cuatro apartados: Inconformistas de género (la expresión es un regalo de Madonna Kolbenschlag, De cuerpo entero (como la cueca de Violeta Parra), En movimiento (feminista) y Destellos utópicos. Mi deseo: que el inconformismo de género y el cuerpo entero encuentren eco en un movimiento político-cultural feminista. Para seguir produciendo destellos utópicos. *Para que lo que fue herida no se repita, para que lo que fue deslumbramiento se reproduzca.**

Santiago de Chile, 2012

*Brossard, Nicole. "Memoria: holograma del deseo". *Feminaria* 3 (1989): 7-9.

**"Con-spirando: hacia una red latinoamericana de ecofeminismo, espiritualidad y teología". *Con-spirando* 1 (1992): 2-5.

***Carmen Durán es Antropóloga (Universidad de Concepción) y como tal ejerce de manera permanente el oficio de lectora de la cultura: incansable descifradora de sus signos y apasionada convencida de que la cultura la hacemos entre todas/os y que aun cuando el poder de producir cultura no esté igualmente repartido, siempre hay un espacio, aunque a veces se trate apenas de un resquicio, en el cual y desde el cual podemos ejercer nuestra capacidad de productores/as de cultura. Además es Profesora de Biodanza y artista múltiple (pinta, hace mosaicos, borda, teje, escribe décimas). Es co-fundadora de la Casa de los Colores y vive entre Concepción y Santa Cruz de Cuca (Chile).

Pensar
es
altamente
femenino

1

INCONFORMISTAS DE GÉNERO

De todos modos, cuando un tema se presta mucho a la controversia —y cualquier cuestión relativa a los sexos es de este tipo— una no puede esperar decir la verdad. Solo puede explicar cómo llegó a profesar tal o cual opinión.

Virginia Woolf,
Una habitación propia (1929)

REVISITAR EL GÉNERO*

Todos parecen saber en qué consiste ser mujer u hombre, qué es "femenino" y qué es "masculino"—especialmente los sectores más conservadores de la sociedad pero muchas veces también ciertos sectores "progresistas". ¿Las mujeres están más cerca de la naturaleza? ¿Los hombres son más competitivos que las mujeres? ¿Las mujeres están de por sí más orientadas hacia el cuidado y la protección de la vida? ¿Los hombres son más lineales en su forma de pensar y las mujeres más holísticas? Se podría continuar enumerando al infinito las ideas que de un lado u otro describen las identidades de género. Y entremedio de todo eso tiene lugar la diversidad de nuestras experiencias.

¿Qué valores, qué concepción del mundo, "de lo humano y lo divino", hay detrás de cada afirmación acerca de lo que es ser hombre o mujer? ¿A qué "política de los cuerpos" adherimos cuando aceptamos una determinada concepción de las identidades de género, cuando buscamos explicarnos las identidades (o las diferencias) de género como determinadas por la naturaleza o la cultura, la biología o las esencias metafísicas, los procesos psíquicos o los arquetipos universales? ¿Qué puertas (nos) abrimos o (nos) cerramos, qué posibilidades multiplicamos o cancelamos al adherir a alguna de estas explicaciones sobre el origen de los géneros?

Revisitar el género: una necesidad de primer orden. Los conceptos, como las personas, tienden a perder capacidad crítica con el paso del tiempo. Lo que en un primer momento nos movió el piso, al dejar a la vista relaciones de poder hasta ese momento no reconocidas (no solo en las instituciones sino en nuestra propia vida), se vuelve un nuevo suelo sobre el que nos paramos mecánicamente, olvidando la complejidad de su trama.

Por una parte, ya no basta sostener que el género es una construcción cultural (¿qué no lo es? ¿el sexo biológico? ¿el cuerpo?). Por otra parte, ¿qué consecuencias se derivan de esa tradicional afirmación feminista? ¿Que deberían desaparecer los géneros? ¿O reinventarse? ¿Proliferar, tal vez?

La diferencia sexual no es cultural sostienen algunas. No debemos confundir el género con la diferencia sexual, afirman. El cuerpo es un

---

* Este texto contiene partes de la editorial de *Con-spirando* 15 (1996), *¿Hombre y mujer los creó?*, y de la editorial de *Con-spirando* 39 (2002), *Re-visitando el género*.

sitio irreductible que nos ubica en el mundo de una cierta manera y cuya "diferencia" debemos reivindicar si queremos estar, alguna vez, en el mundo con bienestar, agregan otras.

Pero ¿no es esto una reafirmación de aquello que decíamos rechazar? ¿Biología es destino?

Lo que oprime no es el género, sino el binarismo de género, sostendrán otros/as. Movernos desde una concepción binaria hacia una concepción del género como un continuo, en cuyos extremos están los polos femenino/masculino, proponen.

O ver el "género" como una "actuación", casi en el sentido teatral del término –un guión, disfraces, escenografía. ¿Hay acaso un límite corporal para la "actuación" del género?

> *Pero antes que nada, ¿qué es una mujer?* Tota mulier in utero*: es una matriz, dice uno. Sin embargo, al hablar de ciertas mujeres los conocedores decretan: "no son mujeres", aunque tengan un útero como las otras. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que en la especie humana hay hembras y que estas constituyen hoy, como en otros tiempos, casi la mitad de la humanidad; sin embargo, nos dicen que "la feminidad está en peligro" y nos exhortan: "sed mujeres, seguid siendo mujeres, convertíos en mujeres". Todo ser humano hembra, por lo tanto, no es necesariamente una mujer: necesita participar de esta realidad misteriosa y amenazada que es la feminidad. ¿Esta es segregada por los ovarios? ¿Se encuentra cristalizada en el fondo de un cielo platónico? ¿Basta con una falda para hacerla descender a tierra?*
>
> *Si su función de hembra no basta para definir a la mujer, si nos negamos también a explicarla por el "eterno femenino" y si admitimos, sin embargo, aunque sea a título provisorio, que hay mujeres sobre la tierra, tenemos que formularnos esta pregunta: ¿qué es una mujer?*
>
> *¿Cómo puede cumplirse un ser humano en la condición femenina? ¿Qué caminos le están abiertos? ¿Cuáles conducen a callejones sin salida? ¿Cómo encontrar la independencia en el seno de la dependencia? ¿Qué circunstancias limitan la libertad de la mujer? ¿Pueden ellas superarlas? Estas son cuestiones fundamentales que quisiéramos aclarar. Y puesto que nos interesamos en las oportunidades del individuo, no definiremos estas oportunidades en términos de felicidad, sino en términos de libertad.*
>
> Simone de Beauvoir
> *El segundo sexo* (1949)

SIMONE DE BEAUVOIR Y YO*

Carmen Durán

Sí, leyendo a la Simone
yo me fui despabilando
subversiones fui tramando
fue una gran revolución
desde el cuerpo y la emoción
nuestras mentes estiramos
con la Carmen razonamos
si mujer una no nace
si el patriarcado nos hace
es mejor que nos rehagamos
EA

1
Simone de Beauvoir y yo
es una pequeña historia
que yo guardo en la memoria
por lo que significó
puesto que ella me marcó
m'enseñó con su escritura
pues yo tuve la ventura
de leerle sus palabras
fue como un abracadabra
más allá de la censura.

* Estas décimas se publican aquí por primera vez.

2
La vi por primera vez
por el cerro caminando
muy segura iba entonando
sus canciones en francés
al derecho y al revés
me habló de filosofía
yo entusiasta la seguía
por aquellos derroteros
para mis tiempos primeros
era ella buena guía.

3
Se sembraban sus ideas
en el patio del colegio
para todas era regio
repensar todas las feas
enseñanzas pa' que seas
una sumisa mujer
ella nos ayudó a ser
cuerpo d'emancipación
voces de liberación
y ojos pa'volver a ver.

4
Y me dio Simone su ejemplo
para amar con libertad
sin partir por la mitad
ni rezar en ningún templo
su coraje yo contemplo
en su libre juventud
también en su plenitud
regalome su prestancia
frente a una cultura rancia
aprendí de su inquietud.

5
Que el amor no puede ser
un mal ni un mortal peligro
yo la escucho y mucho vibro
quiero dejar de temer
volver con ella a creer
que amar es la divertida
amplia puerta de salida
al jardín de lo soñado
amor dulce y bien salado
que será fuente de vida.

6
Después nos reencontramos
en la universidad
pa'decirte la verdad
en el piso nos sentamos
y de todo allí charlamos
preguntando a la existencia
de donde sacar paciencia
pa'estudiar tantos señores
encendimos los motores
pa'escribir con elocuencia.

7
Tu certeza tan serena
de vivir entre varones
sin coserles los botones
ni servirles tú la cena
escritora tú en la escena
pensadora diligente
enseñándole a la gente
vas de igual a igual con ellos
y no evitas los destellos
de madame inteligente.

8
Llegué pronto a comprender
que mi cuerpo no es destino
que mi cuerpo es el camino
que le dé yo a emprender
y que tengo yo el valer
de la humana condición
ser valiosa no es opción
el aborto es un derecho
al poder hay solo un trecho
vino siendo mi opinión.

9
La encontré luego en París
caminando por Montmartre.
junto a ella iba un tal Sartre
y decían que feliz
se tomaban un anís
casi como enamorados
se comían los helados
fríos nieves del invierno
se diría casi eternos
juntos acaramelados.

10
¿Quieres ser una Beauvoir?
casi llego al manicomio
digo adiós al martirmonio
me despojo del ajuar
así puedo yo evaluar
con aguda discrepancia
ante l'academia rancia
muchas posibilidades
cultivo mis facultades
y amo con toda mi ansia.

11
La Beauvoir abrió un camino
en mi vida para siempre
me lo dio para que siembre
con confianza lo que opino
así es como yo afino
mi carrera d'escritora
de maestra, profesora
y filósofa por ratos
en el techo con los gatos
una gata con su cola.

12
Esta historia ocurre en Chile
cuando no había internet
me pregunto yo si usted
tiene huso pa' que hile
geografía que imagine
dictadura militar
también ganas de soñar
con transparencia profunda
pa'que aquí nadie se hunda
todas vamos a volar.

13
Que fue en Chile y en el sur
no sé cómo esto se explica
si acaso con letra chica
las ideas van de tour
desde Europa al Polo Sur
las palabras van viajando
aquí vamos contestando
por todo el cyber space
es famosa como veis
la Simone voy decimando.

14
Ya con ésta me despido
hablo desde Concepción
lucho con el corazón
es turquesa mi vestido
ya se ha ido el tiempo ido
nunca nada se acabó
solo ya se transformó
tómala como agua'e menta
esta historia que hoy te cuentan
la Simone Beauvoir y yo.

NI CELESTE NI ROSADO: UNA INCITACIÓN AL CARNAVAL DE LOS GÉNEROS*

¿Es la disolución de los binarios de género, por ejemplo, tan monstruosa, tan temible, que por definición se sostenga que es imposible, y heurísticamente queda descartada de cualquier intento por pensar el género?
Judith Butler

Recuerdo que durante mi adolescencia, mientras mi hermano, un par de años menor que yo, pasó de la moto a la guitarra eléctrica haciendo un alto en el piano y el ajedrez, mis amigas y yo concentramos buena parte de nuestra energía en enamorarnos de uno o sucesivos chicos, según el carácter de cada una. Mi hermano y sus amigos también se interesaban por las chicas pero, ciertamente, estas formaban parte de una larga lista de intereses (sí, mi adolescencia transcurrió en estricta heteronormatividad). Más tarde, en la universidad, me veo rodeada de mis amigos hombres, vestida a la usanza hippie-artesa, ropas amplias, zapatos bajos, sintiéndome "uno más de ellos". No sin conflicto, pienso ahora que ha pasado mucha agua feminista bajo el puente. En esos años de adolescencia liceana y juventud universitaria no pensaba que ser mujer estuviera afectando de manera significativa mi vida; que mis opciones, mis atracciones y rechazos pudieran tener que ver con el hecho de ser una mujer.

Cuando empecé, teoría feminista mediante, a visualizar lo radicalmente significativo que era el hecho de ser mujer en cada una de las esferas de mi vida (historia familiar, opciones profesionales, trabajos, militancias políticas, amores y desamores, deseos y expectativas en todo orden de cosas) no pude sino desembocar en las clásicas preguntas: ¿es esto "natural" o "cultural"? ¿Anatomía es destino? ¿Ser mujer (u hombre) implica tener una suerte de programa incorporado que establece la cuota de emocionalidad

* Publicado en *Con-spirando* 15 (1996), *¿Hombre y mujer los creó?*

o intelectualidad, intuición o razón, ternura o agresividad, etc., que a cada persona le toca en suerte? ¿Un programa que incluye también los deseos y define las prioridades vitales?

Las respuestas del (los) feminismo(s)

Según Gabriela Castellanos (41) existe un "feminismo cultural" (también llamado "radical") que "equipara la liberación femenina con la preservación de una cultura de las mujeres, la cual aparece como alternativa a la dominante, saturada de posiciones sexistas". Esta alternativa valoraría "las costumbres de la mujer, su manera de relacionarse, los aspectos típicos de su personalidad":

> Aunque la cultura machista la desprecia, la mujer puede demostrar que sus cualidades son positivas. Aquello que para los sexistas es pasividad o debilidad, en realidad es amor y paz. Lo que se le reprocha como exceso de sentimentalismo es en verdad una mayor capacidad de expresar sentimientos, de dar ternura. La tendencia a ser demasiado subjetiva –según el discurso dominante—es una mayor conciencia de su afectividad. Lo que debe hacerse, según esta corriente de pensamiento, es reivindicar los atributos femeninos subvalorados por nuestra cultura, pues son esos atributos los que pueden salvar a una civilización en bancarrota (41-2).

Para quienes se ubican en esta tendencia existiría una esencia femenina, una naturaleza compartida por todas las mujeres que el patriarcado habría subyugado. La propuesta sería entonces "redescubrir nuestra esencia natural y fortalecer los lazos con otras mujeres" (42).

Otro punto de vista sería el de un "feminismo posestructuralista" (a veces llamado "posfeminismo"), que sostiene que "debemos rechazar todo intento de definición de la mujer".

> No avanzamos nada si reemplazamos la imagen de la mujer nacida solo para esposa y madre, por la propuesta, hecha por el feminismo de corte liberal, de la mujer como una ejecutiva o una profesional más, indistinguible del hombre, ni tampoco si la sustituimos por la idea, planteada por el llamado feminismo cultural, de la mujer como la Madre Tierra o la maga naturalista. Cualquier definición... es una forma de estereotipar, de encasillar a la mujer. Lo que debemos hacer es admitir la pluralidad, la diversidad, la diferencia entre distintas

> personas, ya sean hombres o mujeres. La tarea feminista, entonces, consiste en deconstruir todos los conceptos de mujer. (Castellanos, 42-3)

"La categoría 'mujer' es una ficción, solo un nombre" (43), sostendría esta tendencia y, por ende, no se trataría de "eliminar la superficie femenina para quedar con el fondo "humano", como recomendaría el feminismo liberal, sino de deconstruir la concepción de mujer y de hombre, y "quedar solo con la negación, la diferencia misma; es decir; con la decisión de no terminar nunca de desmontar cada nueva certidumbre que venga a reemplazar a la anterior" (44).

La mujer: ¿esencia o ficción?

No me resulta fácil tomar partido en esta confrontación. Al así llamado "feminismo cultural" (pienso especialmente en los escritos de Adrienne Rich), le debo buena parte de las posibilidades de autoafirmación como mujer, la ruptura con la imagen de la mujer como víctima, que me ha sido dado experimentar. Tanto la radicalidad de su crítica a la cultura patriarcal que toca, por ejemplo, los apretados nudos de la "compulsión heterosexual" y "la maternidad como institución", como su permanente apelación a valorizar y potenciar los vínculos entre mujeres, han sido clave en mi personal recorrido por el feminismo. Sin embargo, no dejo de sentirme incómoda cuando vislumbro un cierto trasfondo esencialista e idealizador respecto de "lo femenino". Por muy positivos que puedan ser los rasgos que se atribuyan a la femineidad (proximidad a la naturaleza, capacidad intuitiva, aptitudes para proteger y nutrir la vida, etc.) no dejan de parecerme una forma de opresión cuando se transforman en "esenciales" y constitutivos de una "identidad" fija. Pienso: al asumir esa caracterización de "lo femenino" ¿qué estoy queriendo decir? ¿Que los rasgos del otro polo de la lista (cultura, razón, poder de destrucción) son privativos de los hombres (o de la masculinidad)? Algo no me sienta bien en esto de repartir los rasgos humanos en "femeninos" y "masculinos". Aunque se me diga que tanto los hombres como las mujeres pueden tener de unos y otros. ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que un hombre ha desarrollado su "lado femenino" o que sería deseable que esto ocurriera? Y si actúo con agresividad o utilizando al máximo mis capacidades racionales ¿estoy desarrollando mi "lado masculino"?

Frente a esta manera de ver el asunto, el "posfeminismo", con su cuestionamiento radical de la noción de "identidad", lo que lo lleva a

rechazar también la noción de "sujeto", me seduce. Sin embargo, no dejo de hacerme eco de las inquietudes planteadas por algunas feministas como, por ejemplo, Nancy Hartsock, quien se pregunta: "¿Por qué el concepto de Sujeto empieza a hacerse problemático, justo en el momento en que tantos de nosotros que hemos sido silenciados, empezamos a exigir el derecho a nombrarnos, a actuar como Sujetos y no como Objetos de la historia?" (citada por Lucía Guerra, 126). No me resultan claras las formas de acción política feminista que pueden derivarse (si es que pueden derivarse) de la reflexión posfeminista: "¿Cómo podemos agruparnos como mujeres para una lucha política conjunta si comenzamos por negar que exista una realidad que llamamos "ser mujer", si insistimos en que cada mujer puede ser producto de distintas determinaciones y que, por tanto, la categoría "mujer" es una ficción?", se pregunta G. Castellanos.

El género como "posición"

Por ahí, aparecen otras voces que, en una perspectiva que busca una noción de identidad que sirva de base a una actitud y una actuación políticas frente al género, prefieren hablar de la mujer como "posicionalidad" (Teresa de Lauretis, 88):

> Si combinamos el concepto de política de identidad con una concepción del sujeto como posicionalidad, podemos concebir al sujeto como no-esencializado y emergente de una experiencia histórica y todavía retener nuestra habilidad política para tomar el género como un punto de partida importante. Así podemos decir de una y a la misma vez que el género no es natural, biológico, universal, ahistórico o esencial, y todavía declarar que el género es relevante porque estamos tomando el género como una posición desde donde actuar políticamente (Linda Alcoff, citada por De Lauretis, 88).

Podríamos, entonces, siguiendo a las autoras citadas, hablar de una identidad generizada ("femenina" o "masculina") como algo que emerge de una experiencia historizada (y no de una esencia biológica o metafísica del tipo del "eterno femenino"). Esta identidad generizada se construiría "no simplemente mediante el influjo de un sistema de ideas culturales (...) sino mediante un proceso de interacción entre la cultura y la realidad personal" (Castellanos, 46). De esta manera ser una mujer consistiría "en una serie de hábitos que resultan de la interacción entre los conceptos, signos y símbolos del mundo cultural externo, por una parte, y las distintas tomas

de posición que cada una va adoptando internamente, por la otra" (46-7): "Ser mujer, entonces, es estar en una posición cultural que nos induce a tomar consciente o inconscientemente, una serie de actitudes frente a lo que nuestra cultura nos exige como la conducta y las características "femeninas"" (47).

La "identidad de género", continúa proponiendo G. Castellanos no sería un código preexistente a las mujeres y a los hombres individualmente considerados, sino que el resultado de un diálogo permanente, no exento de conflictos y atravesado por relaciones de poder, entre hombres y mujeres, y entre los hombres y las mujeres mismos/as. Como resultado de este diálogo, los términos "hombre" y "mujer" asumirían significaciones diversas, resonancias particulares, contenidos ideológicos de distinto signo, según quienes dialoguen y cual sea el contexto histórico, social y cultural de ese diálogo.

Del estereotipo a la individuación (pasando por el carnaval)

Evidentemente, en este devenir dialógico de los géneros en la cultura, no solo encontramos el discurso de las ideologías oficiales excluyentes y conservadoras, sino también irrupciones de la diversidad, algunas respuestas transgresoras y, sobre todo, una heterogeneidad que refuta las pretensiones homogeneizadoras de las concepciones esencialistas respecto de los géneros.

En este marco, asumirse como "feminista" apuntaría a entrar en los diálogos constitutivos de la cultura, desafiando los estereotipos de género y asumiendo una posición política frente a las características que la cultura busca imponer como la única manera "natural" de ser mujer.

En este punto, se me viene a la memoria Amelia Valcárcel cuando afirma: "reclamar la individualidad es el necesario golpe en la base del estereotipo genérico", recordándonos inmediatamente que "paradójicamente, la conquista de la individualidad no es una tarea individual" (139).

Habrá múltiples maneras de emprender esta "conquista de la individualidad", pienso. Una de ellas, podría ser, se me ocurre, imaginar una política feminista que, en relación a los estereotipos de género, ejercite la parodia, la sátira, la fiesta carnavalesca del mundo al revés:

> El concepto (...) del carnaval como respuesta jocosa popular al oficialismo nos permite descubrir las maneras en las cuales las mujeres construimos (...) una contestación a la oficialidad que nos oprime. La cultura popular del carnaval ha sido descrita (...) como

> una serie de ritos y formas lingüísticas profanadoras, contradictorias, excéntricas. (Castellanos, 56)

Qué pasará, entonces, si exploramos las posibilidades creativas y transgresoras del "carnaval feminista" (Castellanos, 58), la alternativa cultural de "des-generarnos" un poco (o mucho), confundir el rosado con el celeste, carnavalizar los géneros. Tal vez, lo que no nos vendría nada de mal, podríamos *des-seriarnos* genéricamente hablando (en el doble sentido de dejar de actuar en serie y también (tan) en serio).

LECTURAS que incitaron esta manera de ver las cosas

Alcoff, Linda."Cultural Feminism versus Post-Structuralism: the Identity Crisis in Feminist theory". *Signs* 3 (1988): 111-47. Versión en español en *Feminaria* 4 (1989).

De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra, 2005 (1949).

Butler, Judith. "Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Witting y Foucault". Seyla Benhabib y Drucilla Cornell, eds. *Teoría feminista y teoría crítica*. Valencia: Ediciones Alfons el Magnánim, 1990.

Castellanos, Gabriela. "¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura". Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros, comps. *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Colombia: Uniandes/TM Editores/U.N. Facultad de Ciencias Humanas, 1995. 39-59.

Gramaglia, Mariella. "Del feminismo a la solidaridad: el caso italiano". *Debate Feminista* 2 (1990): 59-71.

Guerra, Lucía. *La mujer fragmentada: historia de un signo*. Santiago: Cuarto Propio, 1995.

Lauretis, Teresa de. "La esencia del triángulo, o tomarse en serio el riesgo del esencialismo: teoría feminista en Italia, los E.U.A. y Gran Bretaña". *Debate Feminista* 2 (1990): 77-115 (1989).

Scott, Joan W. "Deconstruir igualdad-versus-diferencia: usos de la teoría posestructuralista para el feminismo". *Feminaria* 13 (1994): 1-13.

Valcárcel, Amelia. *Sexo y filosofía. Sobre "mujer" y "poder"*. Barcelona: Antrophos, 1994 (1991).

Woolf, Virginia. *Una habitación propia*. Barcelona: Seix Barral, 1986 (1929).

TRAS BAMBALINAS*

La otra que (no) soy yo; la que no soporto, la que me saca de quicio. La que desprecio, la que envidio. La que sueño. La que me asusta. Tras bambalinas todas, en el teatro de las sombras chinas. En desorden de aparición (y desaparición):

La vedette, la striptisera, la bailarina topless, la prostituta elegante, la de los bajos fondos, la actriz porno.
La novia blanca y radiante, la joven recién casada, la madre primeriza, la dueña de casa ejemplar, la madre de sus hijos, la esposa modelo.
La que no tiene/tuvo hijos. La solterona. La mala madre.
La que considera que los hijos y la pareja son lo más importante en la vida.
La que considera que su feminismo fue una sobreideologización juvenil.
La reina de la salsoteca, de la fiesta under; la princesa punki.
La vieja borracha, la viejita loca, la crone.
La escritora suicida, la mad woman in the attic.
La trapecista china, la cantante rock, la actriz de teatro, la estrella de cine, la directora/guionista de películas a todo color.
La súper sexi, la coqueta descarada, la seductora, la gatita, la rubia tonta.
La anoréxica, la bulímica, la comedora compulsiva, la siempre a dieta, la flaca esquelética, la gorda descomunal.
La hippie marihuanera, palomita, artesa, incienso y pachulí.
La del pelo hasta la cintura, la que se peló al rape.
La adolescente colérica, beat, hippie, grunge, X, Y, Z.
La esotérica, astróloga, metafísica, new age.
La que no lee ni piensa demasiado y cree que lo importante son las experiencias corporales, emocionales, afectivas e intuitivas.
La mentirosa, la tramposa, la vivaracha, la fresca, la aprovechadora.

* Versión ligeramente editada de "Sombras nada más (y nada menos)" (*Con-spirando* 14 (1995), *Sombras, brujas, sueños*).

La egoísta la envidiosa, la mal pensada, la lengua de víbora.
La amargada, la resentida, la despechada, la abandonada.
La monja. La santa. La bruja. La mártir. La guerrillera. La presa política.
La astronauta. La top model. La filósofa. La profesora de liceo. La académica, la decana, la rectora. La presidenta de la nación. La primera dama. La primer ministro. La jefa de gabinete. La ministra de Estado. La subsecretaria, la viceministra. La relatora especial de las Naciones Unidas. La funcionaria pública.
La que se fue a vivir al campo. La que se fue a vivir a la playa. La que se fue a vivir a una cueva en la montaña. La que jamás viviría a más de diez cuadras de la Plaza Italia.
La súper sociable, la buena pa' la talla, el alma de la fiesta.
La que tiene muchos amores (cada amigo un amor).
La ensimismada y abstraída. La mascarón de proa. La desvalida.
La feminista/ecologista radical, políticamente correcta.
La que si tuviera plata se haría estirar las arrugas.
La vegetariana. La que no puede dejar de comer hamburguesas McDonald´s (doble pepinillo).
La activista de Greenpeace navegando hacia el atolón de Mururoa
La lectora de comics. La que se relaja viendo películas de acción.
La lectora de Bukowski y los escritores de la generación X.
La que coquetea con el S/M. La ninfomaniática (sic) sexual. La célibe. La experta en las artes del autoerotismo.
La lesbiana, la queer, la heteronormativa, la bi, la trans, la a(sexual).
La mujer de las cavernas.
La mujer del siglo XXI.
Gatúbela.
La que llora por todo. La que ve TV hasta altas horas de la noche.
La cocainómana, la traficante de drogas.
La deportista.
La viajera incansable.
La intelectual posmoderna.
La que se casó con un militar a los 17 años. La que quedó embarazada y no terminó el liceo. La que llegó volada a clases y la pillaron. La que se hizo un aborto a los l9 años. La que se internó en un clínica psiquiátrica para sanarse de su depresión endógena.
La que le tiene temor a la muerte (propia y de los/as seres queridos/as).
La que lo da todo por los demás. La que se pone siempre en primer lugar y solo piensa en sí misma. La sumisa, la víctima, la insegura crónica. La líder.

La jefa de pandilla. La mandona.
La que no quiere crecer. La madura para su edad. La adolescente eterna.

Todas ellas/las otras reunidas en una danza carnavalesca en un juego de máscaras superpuestas, en una celebración burlesca confundidas en la fiesta de disfraces intercambiables, en la epifanía del mundo al revés...

El escenario de la cultura

A veces, la cultura se me aparece como un conjunto de imágenes/referencias simbólicas. Es como vivir una gran función de cine multipanorámica. Imágenes/referencias visibles con los ojos y también imágenes/referencias emocionales, sicológicas, perceptibles con todos los sentidos, por separado y también revueltos. Entonces, pienso: si la cultura está hecha de imágenes, nuestras vidas son un proceso constante de construcción/producción de imágenes. Elegimos imágenes que devienen roles, personajes (más o menos tragicómicos, bufonescos o melodramáticos). Los "actuamos" en un cierto contexto, un determinado "escenario". Cuánto elegimos y cuánto se nos impone (¿quién oficia de director/a de escena o guionista?) es un tema al que se le puede dar muchas vueltas, pero así vamos por la vida –personajes constantes de una teleserie general. Es una manera de verlo, claro.

Si la cultura puede ser vista como un escenario donde "actuamos" distintos personajes, podemos imaginar también un espacio tras bambalinas, lleno de disfraces, máscaras, decorados. Un espacio de personajes virtuales, esperando entrar en escena. ¿Cuán amplio o restringido es nuestro registro de personajes posibles? ¿No nos tomamos, a veces, demasiado en serio determinados personajes que ponemos en escena? ¿Cómo distribuimos los espacios y tiempos de aparición entre los distintos tipos de personaje? ¿En cuánta tragedia, tragicomedia, bufonada, sátira, carnaval, teleserie, película de terror, aparecen nuestros personajes favoritos/más temidos u odiados?

¿Conciencia v/s carnaval?

> *E quero me dedicar a criar confusões de prosódia. E uma profusão de paródias que encurtem dores e furtem cores como camaleões.*
>
> Caetano Veloso, "Lingua"

"Lo que no se hace consciente se manifiesta en nuestras vidas como destino" dice, por ahí, el viejo Jung. Me pregunto: ¿traer a la conciencia es todo lo que podemos hacer con los personajes que nos esperan tras bambalinas? ¿Y la fiesta de locos/as con su cortejo de imágenes del mundo al revés? ¿La inversión/subversión carnavalesca? ¿La risa y el baile desatado? ¿No son también una forma de incorporar esta suerte de sombras a la vida cotidiana?

El mundo al revés: mientras Dios (el Padre, el Orden) duerme la siesta, la juerga, lo cómico, la bullanga. Gritos y algarabías. Disfraces absurdos. Máscaras (obscenas). Imitaciones (grotescas). Canciones desvergonzadas. Discursos burlescos. Proliferación de heterogeneidades. Despliegue de las diferencias. Juegos marginales de la imaginación desordenada.

Entonces sí, lo que está en el margen saltaría al centro y el centro desaparecería por completo (cf. U. Eco, *El nombre de la rosa*). Y podríamos, tal vez, empezar a reírnos de nuestros personajes más queridos y temidos, a "actuarlos" bajo la forma de la parodia.

> La seriedad es oficial y autoritaria, y se asocia a la violencia, a las prohibiciones y las restricciones. Esta seriedad infunde el miedo y la intimidación, reinantes en la Edad Media. La risa, por el contrario, implica la superación del miedo. No impone ninguna prohibición. El lenguaje de la risa no es nunca empleado por la violencia ni la autoridad. El hombre medieval percibía con agudeza la victoria sobre el miedo a través de la risa. (Bajtin, citado por Max Salinas, 149)

El humor, incluso el así llamado "humor negro", el "chiste cruel", la "broma macabra", se me aparece, a la sombra de estas disgresiones, como un buen antídoto contra fundamentalismos y rigideces dogmáticas.

Parafraseando a Eco, en su libro ya citado, me pregunto: ¿qué pasaría si hiciéramos aquello que tanto teme el viejo Jorge, monje inquisidor que abomina de la risa ("Cristo no reía. La risa fomenta la duda"), guardián celoso de la biblioteca, partidario de ocultar (o hasta destruir) aquellos

libros que pudieran alejarnos de la siempre seria Verdad? Es decir, ¿qué pasaría si decidiésemos elevar el arte de la risa al rango de arma sutil? ¿Qué (nos) pasaría si reemplazáramos la retórica de la convicción por la retórica de la irrisión? ¿Y si la construcción paciente y salvadora de las imágenes de la redención fuera reemplazada por la destrucción impaciente y el desbarajuste de todas las imágenes más santas y venerables?

Se me ocurre que, tal vez, algo se abriría, algo se alivianaría tras bambalinas y también en el escenario de la cultura.

LECTURA citada

Salinas, Maximiliano. *Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile*. Santiago: Ediciones Rehue, 1991.

Elena Águila

EL CUERPO DEL GÉNERO*

¿Cómo se vinculan (¿se vinculan?) el cuerpo y el género?

Algunas lecturas reavivan mi interés en el viejo tema del género y la "sexualidad". Y la cuestión de la hetero y la homosexualidad. Vuelvo, entonces, al (también viejo) tema de la construcción del género y, era que no, a la pregunta por las posibilidades de subvertir el género.

Lo que me motiva es "desfamiliarizar", no los conceptos dominantes sobre el género (qué aburrido), sino ciertos conceptos feministas que nosotras mismas hemos ido instalando en nuestro imaginario a partir de nuestras lecturas y reflexiones. Creo que les hace falta una sacudida. Contornear la evidencia de lo familiar (y para nosotras, pienso, cierta mirada feminista se ha vuelto parte de lo familiar). A mí nunca me ha resultado demasiado atractivo tener que analizar las ideologías dominantes, el pensamiento hegemónico (o cómo se llame lo que está en el Poder). Me gusta más analizarnos a nosotras, en nuestros intentos contraculturales, nuestras buenas intenciones contrahegemónicas.

No se nace mujer

Va de suyo que la política feminista tiene que ver con los cuerpos. Emerge para expresar el deseo de estar en el mundo con bienestar de seres humanos cuya experiencia del malestar de la cultura les viene en razón de algo que está en su cuerpo: su sexo. El feminismo en sus distintas versiones busca exhibir, más bien denunciar, lo que la sociedad hace a los seres humanos con cuerpo de mujer. Los límites, los mandatos, las seducciones que el poder (podríamos decir la hegemonía) dirige hacia esa mayoría humana cuyo cuerpo es de mujer.

Pero el feminismo no es solo una denuncia, también anuncia, promete una liberación, una emancipación.

¿Cómo se libera una mujer? ¿Se libera una mujer (de)mostrando que su cuerpo es un dato irrelevante en sus actuaciones y relaciones sociales?

---

* Versión original publicada en *Con-spirando* 37 (2001), *Cuerpo, política y placer.*

¿Que sus (in)capacidades en nada están determinadas por la dimensión biológica-anatómica de su sexo? ¿Que está ahí, donde quiera que esté, como ser humano y no como mujer?

Cierto feminismo nos ha dicho que no debemos confundir el sexo con el género. El primero es natural, el segundo es cultural. No se nace mujer, se llega a serlo, fue el mantra que heredamos de Simone de Beauvoir hace más de medio siglo y repitiéndolo nos hemos atrevido a incursionar en campos que no se suponía fueran de nuestra competencia y hemos expandido el horizonte de nuestros derechos.

Pero, ¿qué hemos querido decir con esto de que el género es una construcción cultural? ¿Qué hemos querido distinguir cuando ponemos en la base de nuestras ideas y prácticas políticas la oposición sexo/género?

Pareciera que la dicha oposición nos ha permitido pensar que existe algo dado que está en el cuerpo (el sexo) y algo construido por la cultura (el género) que por ser construido es también susceptible de ser transformado. Para que la oposición funcione como tal, a la mutabilidad del género correspondería la inmutabilidad del sexo. Nos autopercibimos, entonces, como una entidad compuesta por una parte "natural" (dada, inmutable): el sexo; y una parte "cultural" (construida, mutable): el género. Que el sexo sea afirmado como natural y el género como cultural ha sido una manera también de afirmar que ambos términos pertenecen a órdenes distintos y que, por lo tanto, no puede uno (el sexo) ser causa del otro (el género). ¿No habría ninguna relación de necesidad, entonces, entre el sexo (el cuerpo) y el género? ¿Es esto lo que hemos querido decir?

¿Cambiar de/el sexo? ¿Cambiar de/el género?

Una experiencia que adquiere progresiva visibilidad cultural nos conmina a revisar nuestras ideas acerca del sistema sexo/género y su relación con el cuerpo: la cirugía con el propósito de cambiar de sexo. ¿Qué significa, me pregunto, desde el punto de vista de la teoría feminista del género esto de "cambiar de sexo"?

Lo que observo, a primera vista, es que la persona que se cambia de sexo, también se cambia, por decirlo de alguna manera, de género. El sistema binario tradicional de distribución de características "masculino/femenino" pareciera quedar reafirmado. ¿Por qué, entonces, la figura del/la transexual adquiere un "aura" de transgresión, de subversión de las pautas culturales dominantes? ¿En qué sentido la transexualidad subvierte el orden tradicional del género? ¿Lo subvierte acaso? (un detalle al pasar: en inglés se usa la palabra "transgender", en español, en cambio, se prefiere hablar

de "transexual" para referirse a las personas que se cambian de sexo).

Mi pregunta, como feminista "clásica", es: ¿por qué te cambias de sexo si lo que quieres es cambiarte de género? Pero, tal vez, lo que la experiencia de la "transexualidad" nos está diciendo es que la dicotomía sexo/género no sirve ya para dar cuenta de lo que hasta ahora hemos denominado "construcción del género". El cuerpo (el sexo) deja de ser un lugar inmutable ("natural") sobre el cual la cultura "escribe" el género. Es el cuerpo (el sexo) ahora el que se modifica. Se construye el sexo y se construye el género. La distinción sexo/género pierde su sentido principal: distinguir lo dado de lo construido.

Y ¿qué es lo que resulta de esta "construcción"? ¿Debemos considerar "mujer" a un hombre que por medio de cirugía y hormonas altera su cuerpo hasta construirse un cuerpo de mujer (o, en parte, similar al de una mujer)? Y viceversa, claro. ¿O lo que ha estallado aquí es la dicotomía "hombre-mujer"? (detalle anecdótico: un grupo de transexuales hombres "convertidos" en mujeres reclama porque las feministas les niegan el acceso a un festival-encuentro de mujeres. Esto es solo para mujeres nacidas mujeres, establecen las organizadoras del evento. ¿Y no era que el sexo no era destino? alegan ¿los/las? expulsad¿os?/¿as? del encuentro. También podrían haber dicho: "no se nace mujer...").

Género y orientación sexual

Compliquemos un poco más las cosas y preguntémonos ahora ¿qué lugar ocupa la orientación sexual en la construcción de la identidad de género? Está claro que en términos de la cultura hegemónica, ser "mujer" incluye que "te gusten los hombres" y, correlativamente, "ser hombre" incluye entre sus características fundamentales que "te gusten las mujeres". Para el sentido común, la identidad de género de una persona se torna problemática si esta resulta ser "rara", "dada vuelta", "invertida", etc. Por decirlo de alguna manera: cuando a un hombre "se le da vuelta el paraguas", su masculinidad es percibida como defectuosa ("poco hombre", "mariquita"). Y lo mismo funciona para las mujeres: se busca en la lesbiana huellas de masculinidad ("ahombrada", "mari-macho"). Por esta vía llegamos a la constatación de que, en nuestra cultura, la identidad de género (tanto masculina como femenina) incluye, como uno de sus rasgos fundamentales, la heterosexualidad. Obvio, me dirán. Pero, entonces, si "no se nace mujer, se llega a serlo" y la heterosexualidad es parte de ese (llegar a) ser mujer, deberíamos aceptar que tampoco se nace heterosexual, se llega a serlo. Curiosamente nadie pregunta a una persona heterosexual:

¿cuándo te diste cuenta de que eras heterosexual? Va de suyo serlo. Como va de suyo ser hombre o mujer. Todo esto parece ser el colmo de la obviedad porque tanto el género como la heterosexualidad se han "naturalizado". Su genealogía ha sido olvidada. Como si no tuvieran origen ni historia.

¿Y si "desnaturalizamos" el vínculo entre género y orientación sexual? Si aceptamos que no hay una relación de causalidad entre ambos, ni tampoco ningún vínculo estructural que los una de manera necesaria. Resultaría, entonces, que no se nace mujer/hombre heterosexual, se llega a serlo (o no).

Ahora bien, si el género no está asociado de manera necesaria a una determinada orientación sexual, ¿es posible, entonces, subvertir el género sin modificar la dicha orientación sexual? Podríamos pensar que sí. Se puede ser "raro/a" (actuar el género de manera ambigua, por ejemplo) y esto no necesariamente implica una orientación sexual determinada. También viceversa. Se puede actuar el género de la manera más "normal" posible y ser homosexual (o heterosexual). Todas las combinaciones son posibles porque nada une de manera necesaria el género a la economía del cuerpo y los placeres. Pero ¿es esto tan así si volvemos a pensar en la transexualidad de la que hablábamos más arriba? ¿Acaso cuando alguien se cambia de sexo no lo hace para, principalmente, adscribirse a la norma heterosexual? Porque, después de todo, ¿qué queda del género cuando le sacamos la orientación heterosexual? ¿Una forma de vestir? ¿Cierta forma de llevar el cuerpo, cierto "estilo"?

LECTURAS que incitaron esta manera de pensar

Los varios libros del comic *Dykes To Watch Out For* (Ithaca: Firebrand Books) de Alison Bechdel y el libro de Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad.* México: UNAM-PUEG/Paidós, 2000 (1990).

Elena Águila

VIOLENCIA (doméstica cultural) DE GÉNERO (carta a la relatora especial sobre violencia contra la mujer de la Organización de Naciones Unidas)*

Con mucho interés seguí, en su momento, las noticias que informaron acerca de la realización de una Conferencia Mundial de Derechos Humanos convocada por Naciones Unidas (Viena, junio 1993). Tengo entendido que los derechos de las mujeres fueron reconocidos como derechos humanos y que las mujeres hemos sido incluidas dentro de los llamados "grupos vulnerables" junto a los niños y los indígenas. Debo reconocer, eso sí, que la noticia que más despertó mi interés fue la que se refiere a la creación de una *Relatoría Especial sobre Violencia contra la Mujer*. Entiendo que esto significa que la ONU cuenta ahora con una instancia especialmente dedicada a conocer los casos de violencia ejercida contra las mujeres en cualquier lugar del mundo y, sobre todo, aquellos casos que no reciben atención alguna en el país en que tienen lugar.

Me he informado también del funcionamiento, durante todo un día, en forma paralela al desarrollo de la Conferencia, de un Tribunal Global de Violaciones contra los Derechos Humanos de la Mujer. He oído decir que la comunidad internacional ha quedado impactada al escuchar las voces de 33 mujeres, quienes a través de sus testimonios pusieron al descubierto "un crimen oculto milenario y global" (Ortiz, 11). Sus voces narraron, implacablemente, historias de abusos sufridos en el entorno familiar,

* La versión completa de esta carta obtuvo el Primer Premio en el Tercer Concurso Nacional de Ensayo Premio Anual Profesor Jorge Millas, convocado por la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, la Sociedad de Escritores de Chile y el Ministerio de Educación el año 1995; y fue publicada en *Nuevos acercamientos a los derechos humanos. Ensayos para la dimensión ética de la democracia* (Santiago: Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, 1995). La parte que aquí se incluye apareció en *Con-spirando* 25 (1998), *Derechos humanos: ¿Qué derechos? ¿Derechos de quiénes?*

violaciones de todo tipo en tiempos de guerra, violaciones sistemáticas contra su integridad física, menosprecio y conculcación de sus derechos socioeconómicos, persecución política y discriminación.

Se hizo evidente, entonces, la existencia de lo que podríamos llamar "violencia de género", esto es, una forma de violencia que afecta a las mujeres por su condición de tales. Y también quedó al descubierto que esta "violencia de género" se expresa de múltiples maneras y que afecta a las mujeres independientemente de si viven en el Norte industrializado o en el Sur empobrecido: "La violencia contra la mujer se ejerce tanto en Australia como en Uganda; en Perú como Rusia; en Estados Unidos como en Argelia; en Sudáfrica como en Barbados y en Bosnia" (Ortiz, 13).

La información a la que he tenido acceso señala también que el tribunal en cuestión estuvo estructurado en cinco paneles, cada uno centrado en un tipo específico de violencia: abusos en la familia, crímenes de guerra, violaciones de la integridad física, derechos socioeconómicos, y persecución política y discriminación.

Lo que yo me pregunto, y por aquí me acerco al motivo principal de esta carta, es si acaso se dejarán clasificar en esas cinco categorías todas las formas que la "violencia de género" adopta cotidianamente en nuestra sociedad. Pareciera que falta un nombre para clasificar aquella violencia inherente a la cultura, cuyos "golpes" no parecen dejar huella visible, aun cuando una mirada más atenta puede descubrir las cicatrices.

Yo quisiera sostener que, desde un punto de vista cultural, toda mujer es, en algún sentido, una "mujer golpeada". Lo que trato de afirmar es que existe una violencia implícita en el hecho de habitar una cultura donde nunca se está del todo en casa, si se es una mujer, "un mundo donde lo mejor de nosotras no se sabe, no tiene curso" (Colletivo Nº4, 145). Intento referirme a la experiencia de tratar de insertarse en el mundo social (en el ámbito laboral, o político, o de los negocios, o de los deportes, o de la ciencia, etc.), lograrlo y una vez allí, experimentar una profunda "extrañeza", una experiencia difusa de malestar e inadecuación. Un bloqueo de las propias capacidades que se vuelve fuente de ansiedad y repliegue. Como si al ingresar a ese "mundo público", el hecho de ser mujer perdiera sentido, fuera "una particularidad que nos incomoda, de la que hay que justificarse, que hay que olvidar, y hacer olvidar". Una buena parte de nuestra inteligencia (y de nuestro placer) se consumen en esto. Andamos, así, muchas veces, por el mundo, "con la inseguridad de los aprendices y de los imitadores" (Colletivo Nº4, 146).

No ignoro que hay otros grupos de seres humanos, los "grupos vulnerables" de los que se habló en la Conferencia, que tampoco encuentran

acogida en esta casa/cultura en que vivimos, pero dada la especificad de su cargo, quisiera concentrarme exclusivamente en la experiencia de las mujeres. Es también la que más conozco.

No se trata ya de discriminación

El problema se torna aún más difícil de abordar y de resolver si consideramos que el concepto de "discriminación" no parece ser suficiente para nombrar el tipo de violencia que estoy tratando de precisar (y, por supuesto denunciar). Porque no se trata solamente de un impedimento externo.

> Pensarnos y presentarnos como víctimas de la discriminación femenina no significa ya lo esencial de nuestra condición. Corre más bien el riesgo de ser una cobertura.
>
> Se sabe que, especialmente cuando las condiciones materiales son más precarias, la discriminación existe o puede presentarse. Pero se trata de una dificultad bien reconocible que sabemos combatir y que no alcanza a minimizar a una mujer ni la hace sentirse inadecuada (puede hacerla sentirse víctima de una injusticia, pero eso es muy distinto al sentimiento de inadecuación). En cambio, *la experiencia de la propia inadecuación* contribuye largamente a reforzar los residuos y los retornos de la discriminación.
>
> El discurso de la discriminación calla una parte efectiva de nuestra experiencia. Nuestra dificultad no viene solo (no viene esencialmente) del impedimento externo sino de un deseo nuestro de afirmación social que choca contra su propia enormidad: enorme, anormal, no porque en sí sea mayor de lo debido sino porque no halla modo alguno de satisfacerse. (Colletivo Nº4, 146-7)

Ocurre que, muchas veces, nuestro deseo de estar en el mundo no encuentra correspondencia con las posibilidades que ofrece esta sociedad. Y esto ya no es un asunto de discriminación. No es que se nos impida entrar a determinadas instituciones o espacios de poder social sino que, más bien, el espacio social donde estaríamos "como en casa" (como parecen estar los hombres en el Parlamento, en el Ejército, en las altas esferas de Gobierno, en las jerarquías eclesiales, en los congresos científicos, etc., etc.) no existe. "Quizás a causa de esto deba cambiar la sociedad", afirman algunas.

Me temo, entonces, que no basta que se nos permita acceder a los espacios del poder social, si estos no cambian. Entramos a un juego cuyas

reglas fueron definidas sin nuestra participación. Un juego donde nunca se pensó que estaríamos. El hecho de ser y de tener un cuerpo de mujer no entra en el juego social. Y esto no tiene nada que ver con el hecho de que cada día sea más común ver a mujeres en puestos donde antes solo veíamos hombres. Allí donde el ojo no llega, esas mujeres están realizando un "trabajo" especial para mantener su cuerpo en un lugar donde, lo "propio" es ser y tener un cuerpo de hombre. Ese "trabajo" interno no cesa jamás, pues hay siempre algo que no llega a habituarse. A lo más, la "crisis de nervio" o la enfermedad psicosomática lo interrumpen momentánea o definitivamente.

Esto de no poder incluir el propio cuerpo en las cosas que hacemos en el mundo social es un hecho sumamente violento. Muchas mujeres simplemente renuncian a entrar al mundo público. Prefieren mantenerse al margen de la vida social y no llegar al fondo de la vía de la emancipación. Las puertas están abiertas, pero ellas no quieren entrar. Para quienes han luchado por años para abrir estas puertas esto resulta incomprensible, cuando no doloroso. Sin embargo, en este rechazo, en esta automarginación, podemos ver, más que un fracaso, "el principio de un *saber* y de un *querer* en lo que respecta a la sociedad" (Colletivo Nº4, 151).

Como mujeres, *sabemos* que la sociedad está hecha de una cierta manera y demanda un cierto tipo de comportamientos, a la vez que nosotras, que somos parte de esa sociedad, no estamos hechas de una manera que resulte "adecuada". *Queremos,* entonces, que cambie la sociedad, para que en ella se exprese la experiencia de ser y tener un cuerpo de mujer.

Hay un complejo sistema de referencias operando en los intercambios sociales y estas referencias son masculinas. El mundo social es un mundo de hombres. Cuando un hombre ingresa a ese mundo, una tradición de hombres lo respalda. La concesión, entonces, de mayores espacios sociales y culturales para las mujeres no toca el fondo del problema. Ocurre que podemos estar en la sociedad, pero sacrificando en ello nuestro placer, nuestro bienestar. La lucha emancipatoria no tiene en cuenta las energías bloqueadas por el sentimiento de extrañeza irreductible, ni tampoco aquéllas que se consumen en el esfuerzo de adaptación.

Me niego a aceptar que el malestar y, muchas veces, el fracaso, que las mujeres experimentamos en la búsqueda de una existencia social sea considerado solo el resultado de la discriminación. Tampoco acepto considerarlo un hecho de naturaleza individual que cada una deba asumir sola, o a lo más enfrentar como materia de terapia sicológica o de conversación apesadumbrada con una amiga personal.

Me permito, entonces, reivindicar más que el derecho a ser admitida en

un mundo social que me ha excluido, el *deseo* de estar en ese mundo con bienestar. La búsqueda del bienestar es una práctica política subversiva en un mundo donde el deseo ha sido cautivado por el mercado y su lógica del consumo compulsivo. Necesitamos atrevernos a soñar fantásticamente nuestra vida*, a la luz de un deseo vivo*.

La parcialidad de los géneros

Creo que en el "malestar de las mujeres" y en la búsqueda de estar en el mundo con bienestar hay una resistencia legítima a reconocer al hombre como patrón universal de lo humano. No es casual esa trampa de la lengua que nombra "hombre" al ser humano, otro hecho de "violencia cultural". "Es en sentido genérico", dicen, "las mujeres están incluidas"; pero la lengua no hace más que evidenciar construcciones simbólicas de la cultura. Y en esta cultura el "ser humano" es "hombre". Vislumbro la necesidad de un cambio profundo en la comprensión de lo humano. "Lo humano" contiene dentro de sí, pluralidad, diversidad. No puede ser pensado, como ha ocurrido hasta ahora, como "uno". Y la variable sexo/género introduce un principio de diversidad ineludible. No se realiza "la humanidad" de la misma manera si se es hombre o mujer. No se tiene la misma experiencia de ser humano.

Cómo afecta esto la concepción de la universalidad de los Derechos Humanos es algo que escapa a mis posibilidades tratar aquí. Pero a mí me parece que no podemos eludir estos temas si queremos que los propósitos que animan la Declaración Universal de los Derechos Humanos se hagan efectivos.

Por mi parte, estoy convencida de que la sociedad no sería la misma si los deseos y el saber de las mujeres tuvieran libre curso, pues en ese momento, el ser y tener un cuerpo de hombre revelaría su parcialidad, se liberaría de su opresiva universalidad. Si la vida social y cultural no tiene en cuenta la parcialidad de ser hombre/mujer, la sociedad está mutilada y es, para nosotras, y quizás para muchos hombres también, mutilante.

Podría seguir reflexionando sobre otras formas en las que se manifiesta la violencia de género que he llamado "violencia doméstica cultural", otras formas en las que la cultura predominante agrede cotidianamente a las mujeres, pero creo que eso nos llevaría a una variedad tal de temas que excedería los límites de esta carta. Tal vez en un próximo Tribunal Global de Violaciones Contra los Derechos Humanos de la Mujer, la comunidad internacional pueda escuchar, también, testimonios de mujeres afectadas por ese tipo de violencia.

Por lo pronto, quedo conforme si, en alguna medida, he logrado abrir el campo de lo que se entiende por "violencia contra la mujer" o "violencia de género". Si he podido llamar la atención sobre la violencia que resulta de la "miseria simbólica" de la mujer: "La miseria simbólica es la más terrible de las miserias. Es el cuerpo el que la expresa, no tu casa, tus vestidos, ni el dinero que tienes en tu bolsillo. La miseria simbólica es la más radical" (Bochetti, 221). Se trata de una miseria que no se resuelve "queriendo más". Se necesita querer lo que no existe: un patrón de medida mujer para estar en el mundo. Y antes, ser capaz de imaginarlo. Y para ello comprender los síntomas de su ausencia.

De esto he tratado de hablar en esta carta. De algunos de los "síntomas" de la miseria simbólica de las mujeres. Así interpreto yo, muchas de las experiencias de "malestar", sentimientos de "extrañeza" e "inadecuación" que experimentamos las mujeres en el mundo social.

La "incorporación de la mujer" (a la historia, a la política, al trabajo remunerado, al gobierno, a la física cuántica, o a la administración de empresas) obliga a redefinir cada ámbito al que se busca "incorporarlas". Es la cultura y la organización de la sociedad la que deberá redefinirse en realidad. Ni más ni menos.

Esperando no haberla abrumado demasiado con estas disgresiones y deseando, más bien, alentarla a llevar lo más lejos posible los alcances de su acción, me despido de usted, estimada Relatora Especial sobre la Violencia contra la Mujer y la saludo atentamente desde Santiago de Chile.

LECTURAS citadas en esta carta

Bochetti, Alessandra. "Para sí/para mí". *Debate Feminista* 2 (1990): 221-5.

Ortiz Buijuy, Marcela. "Viena. Un tribunal inédito". *Mujeres en Acción* 3 (1993): 11-5.

Mención aparte merece el artículo del Colletivo No.4, "Mas que hombres, mujeres", originalmente publicado en italiano en *Sottosopra verde* (enero de 1983, Milán) y luego traducido al español en *debate feminista 2 (El feminismo en Italia)*, (1990): 145-58. En esta "Carta a la Relatora..." cito y parafraseo este artículo al extremo de que se me podría acusar de plagio. Pienso que no lo es si se toma en cuenta esta mención aparte.

Elena Águila

LA MEMORIA HISTÓRICA COMO REFERENCIA NECESARIA*

Como las mujeres no se plantean como sujeto, no han creado ningún mito en el cual se reflejen sus proyectos; carecen de religión o poesía que les pertenezca como cosa propia, y todavía sueñan a través de los sueños de los hombres.

Simone de Beauvoir

Para que el mundo social sea un lugar donde se pueda estar "como en casa", siendo una mujer, necesitamos el respaldo de una tradición, de una genealogía de mujeres. Los hombres aprenden desde pequeños que el mundo les pertenece. Es la deducción más elemental que pueden hacer luego de ver, reiteradas al infinito y por todas partes, imágenes masculinas dominando todos los campos de la vida social.

En cambio, los gestos y las acciones que las mujeres realizamos en el presente en los espacios públicos aparecen como gestos y acciones inéditas, sin antecedentes, sin una tradición en la cual puedan inscribirse, ya sea por continuidad o ruptura. Siempre estamos empezando, con la consiguiente sensación de inseguridad que acompaña al hecho de incursionar en ámbitos hasta ahora no reconocidos como propios.

Ante esta situación, sospecho que la empobrecida tradición de la cultura de las mujeres no es solo consecuencia de la magra producción cultural

* Este texto, de la misma manera que el anterior, es una parte del ensayo "El deseo de estar en el mundo con bienestar: carta a la Relatora Especial sobre Violencia contra la Mujer". Parte de la selección aquí incluida apareció en *Con-spirando* 21 (1997), *Desde la memoria sumergida: artistas, místicas, viajeras...*

de estas, sino también resultado de las normas y actitudes dominantes respecto a lo que constituye la tradición (cf. Weigel). No es que hayamos estado totalmente ausentes de la creación cultural. Lo que pasa es que para dimensionar nuestra presencia en la historia humana hay que activar otras miradas. Y habrá que hacerlo por cuanto uno de los requisitos para que las mujeres podamos detener la violencia que la cultura ejerce sobre nosotras es la articulación de una memoria colectiva que nos señale los lugares en que hemos estado, las prácticas que nos han ocupado y las relaciones que hemos establecido. En definitiva, una memoria que nos sirva de referencia en el diseño de nuestras acciones en el presente y de nuestros sueños y expectativas de futuro.

> Referirse a, ser reenviada a, es recurrir a, es apoyarse sobre. Es también definir una posición con relación a un sistema de ejes y de puntos. Nuestra vida está hecha esencialmente de referencias. La referencia es una información pero constituye sobre todo una forma de pensamiento asociativo. Es interesante plantear la pregunta sobre si cambiando a un referente femenino, es decir, si cambiando un referente sexista por un referente feminista, podríamos alivianar la memoria de las mujeres. ¿Es posible transformar el desprecio de sí en satisfacción y respeto de sí?, ¿la vergüenza en placer?, ¿la culpabilidad en deseo? (Brossard, 8)

Articular una memoria colectiva tiene que ver, entonces, con provocar un "desplazamiento radical de nuestras fuentes referenciales". Esto significa poner en cuestión los modelos vigentes acerca de lo que tiene valor social. Poner en tela de juicio y dar la espalda a las voces autorizadas del poder, cuya representación simbólica es masculina, que siempre están definiendo órdenes altamente jerarquizados. Significa, para las mujeres, otorgar reconocimiento al propio sexo, nadar contra la corriente y valorar la invisible historia cultural de las mujeres.

Esto es una condición necesaria, si queremos estar a gusto en el mundo; dejar de ser "advenedizas", cuando no decididamente "inadecuadas": "Es solo cuando podemos decir la leyenda de nuestras vidas que nos volvemos capaces de engendrar nuevas escenas, de inventar nuevos personajes, de producir nueva réplicas, abriéndonos de esta manera un camino en el presente" (Brossard, 7).

Articular una memoria/historia de mujeres tiene que ver, también, con la necesidad de romper el aislamiento, la separación de una misma y de las otras mujeres que la cultura en que vivimos produce: "la compañía de

mujeres, la presencia de mujeres constituye un espacio sonoro y semántico sin el cual no hay eco para lo que somos… Las voces de mujeres, la leyenda de sus voces, prolongan nuestra voz, amplifican el sonido de nuestra voz" (Brossard, 8). Tornar visible la invisibilizada historia de las mujeres es, entonces, un trabajo enraizado en el deseo, la necesidad de referencias, de resonancias, de compañía de mujeres. Para estar en el mundo con un respaldo. Con la sensación de que el mundo también nos pertenece por derecho propio. Que va de suyo que estemos ahí porque otras estuvieron antes y con seguridad otras estarán después.

Historia y poder

No puedo, sin embargo, dejar de mencionar algunas de las dificultades que surgen al intentar reconstruir la memoria histórica de las mujeres, que por analogía permiten pensar también las dificultades que enfrentamos al tratar de abrir cualquier ámbito antes cerrado para las mujeres.

Escribir la historia es un gesto de poder. Para escribirla es necesario situarse en un sitio de poder desde el cual el "historiador" decide los sujetos, los contenidos, las fuentes y los sentidos de la historia. Incluye y excluye, como toda acción de poder; "por todas partes voces "autorizadas" se autorizan para hacer oír el discurso de todo poder; el discurso de la arrogancia" (Barthes, 117).

El poder, "el discurso de la arrogancia", en el ámbito de la historia está constituido por reglas, preceptos, ideas, que definen aquello que ha de ser considerado hecho o personaje "histórico", digno, por lo tanto, de "pasar a la historia". Ya sea en la perspectiva de una historia universal o en el marco local, el quehacer de los historiadores se traduce, así, en la construcción de un canon que como tejido invisible opera en las investigaciones históricas y que una vez establecido y asentado "olvida" su carácter de construcción cultural y se nos presenta como "cumbre de naturaleza" (cf. Barthes).

Las historias de Chile, por ejemplo, se han construido desde (y han construido) un canon desde el cual las mujeres escasamente se ven, si es que se ven. Se recoge a algunas "elevándolas" a la categoría de excepciones. Indagar la historia desde la perspectiva de las mujeres exige entonces, abandonar el sitio de poder, el "discurso de la arrogancia", desde el cual se ha construido una historia que las excluye, desplazar el canon histórico establecido, desconocer sus reglas y preceptos, situarse "fuera de la ley".

Pero una vez allí, ¿qué? ¿Construirse otra legalidad? ¿Otro discurso arrogante? ¿Una legalidad propia, específica, para referirse a esta zona de la historia? ¿Plantearse una reconceptualización de la historia? O, ¿ir hacia un

cuestionamiento radical del concepto mismo de historia, sobre todo en lo referente a la unicidad con que generalmente se la entiende?

Desplazarse, así, de la "arrogancia" a la "humildad" –que nada tiene que ver con la sumisión— humildad de reconocerse parte de una pluralidad, expresión necesariamente "parcial", "fragmentaria". Ciertamente, una de las dimensiones más violentas y "arrogantes" de cualquier discurso es su postulación de universalidad. Abrirse, entonces, a "la diversidad de saberes y poderes en y sobre lo social, lo político, lo histórico". Reconocer y aceptar la pluralidad de sujetos existentes en cada momento de la cultura, cada uno portador de una "verdad" sectorial, parcial. Ninguno capaz, por definición, de dar cuenta de una visión totalizadora de la historia.

Sí, porque ocurre que el solo hecho de hacer emerger un saber sobre lo que ha sido la experiencia de mujeres a lo largo de la historia (tal vez debería decir "las historias") confronta a la cultura predominante con la existencia de mundos diversos y realidades irreductibles, cuya presencia cancela cualquier pretensión universalista.

No se trata, entonces, de remediar omisiones o de completar un canon histórico mutilado. Necesitamos desplazarnos desde "una historia que tendría por función recoger, en una totalidad bien cerrada sobre sí misma, la diversidad al fin reducida del tiempo", hacia una historia que resulta de la "agudeza de una mirada que distingue, distribuye, deja actuar las desviaciones y los márgenes, una especie de mirada (...) capaz (...) de borrar la unidad del ser humano supuestamente capaz de llevarla soberanamente hacia su pasado" (Foucault, 43-4).

"Borrar la unidad del ser humano" pareciera ser una de las condiciones de posibilidad de la emergencia de aquellas historias hasta ahora invisibilizadas por la concepción unitaria de este. Podríamos, así, "captar las perspectivas, desplegar las dispersiones y las diferencias, dejar a cada cosa su medida y su intensidad" (Foucault, 52); "conservar lo que ha sucedido en su propia dispersión (Foucault, 27); producir un conocimiento "que no teme ser un saber perspectivo": "Los historiadores tratan de borrar, en la medida de lo posible, aquello que puede traicionar, en su saber, el lugar desde el que miran, el momento en el que están, el partido que toman, lo insoslayable de su pasión" (Foucault, 54).

Explicitar el lugar de mirada, esto es, reconocer la parcialidad de la propia mirada, sería, entonces, un gesto político clave para "abrir" la historia a quienes han estado excluidas/os de ella.

Aligerar el poder

> *Sí, me tienta mucho el llamar a la memoria. (¿a la historia?), criatura, una criatura de vértigo múltiple y cambiante que interviene en nuestras vidas y de la que no llegamos a reconstituir la forma entera, de la que no podemos recortar la forma movediza.., esta criatura que ora hipertrofia nuestras vidas ora las orienta y solo adquiere sentido el día que nos damos a la narración, a esta narración delirante o reflexiva...*
>
> Brossard, 7

"Darse a la narración" ("delirante o reflexiva") de la historia, nos recuerda que "historiar" es una actividad que nos pone en el ámbito del discurso y por esta vía, una vez más, en el ámbito del poder:

> El poder está allí agazapado en todo discurso que se sostenga así fuere a partir de un lugar fuera del poder. Hemos visto así, como la mayor parte de las liberaciones postuladas, las de la sociedad, de la cultura, del arte, de la sexualidad, se enuncian a sí mismas por medio de una especie de discurso de poder: nos vanagloriábamos de hacer resurgir lo que había estado aplastado, sin ver que con esto aplastábamos algo en otra parte. (Barthes, 115 y 139)

¿Será posible, entonces, desarrollar el discurso histórico que estamos tratando de reivindicar, que también se vanagloria de querer "hacer resurgir lo que había estado aplastado", en este caso la historia de las mujeres, sin "aplastar algo en otra parte"?

> Sostener un discurso sin imponerlo: esa será la postura metódica. Puesto que lo que puede resultar opresivo [en una historia] no es finalmente el saber o la cultura que vehiculiza sino las formas discursivas a través de las que se la propone; ya que [esta historia] tiene por objeto, como he tratado de sugerirlo, al discurso tomado en la fatalidad de su poder, el método no puede realmente referirse más que a los medios apropiados para desbaratar, desprenderse o por lo menos aligerar dicho poder. Y cada vez me convenzo más de que la operación fundamental de ese método de desprendimiento consiste en la *fragmentación* si se escribe y en la *disgresión* si se expone o, para decirlo con una palabra preciosamente ambigua, en la *excursión*. (Barthes, 146-7)

De eso se trata, entonces. Necesitamos una "excursión" (o muchas excursiones) por la memoria/historia sumergida de las mujeres. Las mujeres podríamos estar más a gusto en el mundo, si empezáramos una excursión por los signos, las referencias, las resonancias, de un saber sobre nuestra historia múltiple, diversa y, a partir de ahí, a sostener un discurso histórico que consciente de "la fatalidad de su poder" ("lo insoslayable de su pasión"), busca formas de "aligerarse".

LECTURAS citadas y parafraseadas

Barthes, Roland. *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del College de France***.** México: Siglo XXI, 1989.

Brossard, Nicole. "Memoria: holograma del deseo". *Feminaria* 3 (1989): 7-9.

Foucault, Michel. *Nietzche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos, 1988.

Weigel, Sigrid. "La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres". *Estética feminista*. Gisela Ecker, ed. Barcelona: Icaria, 1986. 69-98.

Elena Águila

EL TAPIZ AMARILLO DE CHARLOTTE PERKINS GILMAN (1860-1935)*

Cuando se publicó el cuento de Charlotte Perkins Gilman, "El tapiz amarillo", en la revista *New England Magazine*, en 1891, un médico de Boston protestó: una historia así nunca debió haberse escrito; era suficiente para enloquecer a quien la leyera. Otro médico, desde Kansas, le escribió a la autora para decirle que nunca había leído una mejor descripción de un proceso incipiente de locura y… "con todo respeto… ¿describía la autora una experiencia personal?". Esto cuenta Charlotte Perkins Gilman en una breve nota titulada "¿Por qué escribí 'El tapiz amarillo'?", publicada en 1913. El "cuento" acerca del "cuento" es este: por muchos años sufrió una continua crisis nerviosa con tendencias a la melancolía ("y más allá", agrega). En el tercer año de este "problema" consultó al especialista en enfermedades nerviosas más conocido de su país. Este, luego de tratarla un tiempo, concluyó que no tenía nada de importancia y la envió a casa con "el solemne consejo de 'vivir una vida lo más doméstica posible', 'no tener más de dos horas de vida intelectual al día' y 'no tocar nunca más una pluma, lápiz o lapicera' en su vida". Era el año 1887, recuerda la autora. Regresó a su casa, continúa relatando, y obedeció las direcciones del médico por unos tres meses, al cabo de los cuales se encontró al borde de la más completa "ruina mental". Usando los últimos restos de inteligencia que le quedaban y con la ayuda de una sabia amiga, agrega, desechó los consejos del especialista y volvió a trabajar, recuperando así, "algún sentido de poder".

"El tapiz amarillo" se trata de una mujer. De una mujer que llega con su marido, su cuñada y su hija recién nacida, a vivir a una casa por tres meses.

---

* Publicado en *Con-spirando* 47 (2004), *Otras realidades: misticismo, chamanismo y locura*.

"En esta casa hay algo raro" (29), *"hay algo extraño en esta casa, puedo sentirlo" (33),* piensa la mujer, pero su marido no hace caso de sus aprehensiones: "*John se ríe de mí, por supuesto, pero eso es de esperar en cualquier matrimonio"* (29). Han llegado a vivir allí como parte de una "cura" recetada por el marido a su mujer, a quien él mismo ha diagnosticado, *"una simple y pasajera depresión nerviosa, una leve tendencia a la histeria":*

> *John es médico y quizás (no debiera confesarlo a nadie, pero se lo confío a un papel inerte, cosa que me tranquiliza), quizá esa sea una de las razones por las que no logro mejorar más rápido.*
>
> *¡No ven que no quiere creer que estoy enferma!*
>
> *¿Qué se puede hacer?*
>
> *Si un médico famoso, que es además tu marido, les asegura a todos, tanto a amigos como a parientes, que una padece una simple y pasajera depresión nerviosa —una leve tendencia a la histeria—¿qué se puede hacer?*
>
> *Mi hermano, también médico y también célebre, piensa lo mismo que mi marido.*
>
> *Por eso tomo fosfatos o fosfitos —lo que quiera que sean—, y tónicos y paseos y aire y ejercicio y se me ha prohibido terminantemente que "trabaje", hasta que mejore.*
>
> *Personalmente, discrepo de sus ideas.*
>
> *Personalmente, pienso que si tuviera un trabajo agradable, excitante y novedoso, me sentiría mejor.*
>
> *Pero ¿qué se puede hacer?*
>
> *Escribo a pesar suyo, pero me agota en exceso hacerlo a hurtadillas o, en caso contrario, enfrentarme a una fuerte oposición.*
>
> *A veces se me ocurre que en mi condición nerviosa si no tuviera tanta oposición y más compañía y estímulos… pero John asegura que lo peor que puedo hacer es pensar en mi salud y debo confesar que siempre me hace sentir mal.*
>
> *Por eso cambio de tema y hablo sobre la casa.*

La casa y sus habitaciones, también su jardín o la vista desde la casa, se vuelve, entonces, el objeto de la descripción de este relato escrito "a hurtadillas". La narradora, liberada de toda ocupación como parte de la receta para curar su "simple y pasajera depresión nerviosa", dispondrá de todo el tiempo del mundo para observar cada detalle de la casa. Paulatinamente, un detalle en particular comenzará a concentrar su atención: el papel que tapiza las paredes del cuarto que ocupa junto a su marido.

> *El papel tapiz ha sido arrancado alrededor de la cabecera de la cama, hasta donde*

alcanza la vista, y allá abajo, al final del cuarto, hay un gran fragmento dañado. Nunca había visto un tapiz tan desagradable en mi vida.

Es uno de esos diseños extravagantes y extensos que atentan contra el más elemental diseño artístico.

Es lo bastante monótono como para que los ojos se confundan al seguirlo, lo suficientemente acentuado como para irritar e incitar a examinarlo, y si se siguen atentamente con los ojos sus torpes e inciertas curvas se advierte que de repente se suicidan, se precipitan en perspectivas atroces y se destruyen de la manera más contradictoria e inusitada.

El color es repelente, casi nauseabundo, un amarillo sucio y brillante, que se desvanece extrañamente a medida que se pone el sol.

Es un anaranjado sombrío aunque chillón a retazos y que, de pronto, adquiere una tonalidad sulfurosa y enfermiza. (…)

Viene llegando John, tengo que esconder esto, se altera mucho cuando me ve escribir.

Así, continuará avanzando el relato, conservando siempre la perspectiva de la protagonista. Leeremos entonces las consecuencias de la "cura" a la que se encuentra sometida.

Por supuesto, se trata solamente de mis nervios

Ya llevamos aquí dos semanas, y no había tenido muchas ganas de escribir, desde ese primer día.

Estoy sentada junto a la ventana en esta habitación atroz destinada a los niños, y no hay nada que impida mi escritura, excepto la falta de fuerzas.

John se pasa el día fuera y hasta algunas noches cuando tiene casos graves que atender.

¡Me alegra que mi caso no sea serio!

Pero estos problemas nerviosos producen una gran depresión.

John no sabe realmente cuánto estoy sufriendo. Sabe que no existe ninguna razón para que sufra y eso le basta.

Por supuesto se trata solamente de mis nervios. ¡Me pesa tanto no poder hacer lo que debiera!

¡Deseaba tanto serle muy útil a John, servirle de descanso, darle tranquilidad y aquí estoy convertida en un peso muerto!

Nadie creería el esfuerzo enorme que me cuesta hacer lo poco que hago: vestirme, recibir y ordenar algunas cosas.

¡Qué bueno que Mary sea tan buena con el bebé! ¡Qué bebé tan adorable!

Y sin embargo no puedo estar con él, me pone muy nerviosa.

Supongo que John nunca se ha sentido nervioso en toda su vida. Se burla mucho de mí cuando le hablo del tapiz amarillo.

Al principio pensó en retapizar el cuarto, pero luego dijo que estaba yo permitiendo que se apoderara de lo mejor de mí y que no hay nada más nefasto para un paciente que sufre de los nervios que dejarse llevar por sus fantasías.(…)

"Sabes que este lugar te sienta bien —me dijo— y realmente, querida, sería absurdo renovar la casa si la hemos rentado solo por tres meses".

"Entonces, mudémonos abajo —contesté— hay cuartos tan hermosos en esa planta".

Entonces me abrazó, me dijo nombres tiernos, que era su querida conejita, y que si quería podríamos mudarnos hasta el sótano y de remate blanquear las paredes.

Pero tiene razón… Se trata de un cuarto ventilado y cómodo que satisface todos los deseos y, por supuesto, no voy a ser tan estúpida como para crearle problemas por un simple capricho.

No debo dejarme llevar por mis fantasías

Empiezo a encariñarme con este gran cuarto, si no fuera por ese horrible tapiz.

Puedo ver el jardín desde una de las ventanas… Siempre me imagino que veo gente caminando por los numerosos caminos y pérgolas, pero John me ha advertido que no debo dejarme llevar por mis fantasías. Dice que con mi poder de imaginación y mi tendencia a fabular se agravará mi condición nerviosa, me libraré a toda suerte de fantasías morbosas, por lo que debo usar mi voluntad y mi sentido común para contrarrestarlas. Trato de hacerlo.

Pienso que si por lo menos me sintiera bien para escribir un poco podría descargar la tensión nerviosa que este tropel de ideas me causa.

Pero la verdad es que me canso mucho cuando lo intento.

Me desanima no tener ningún apoyo o compañía para hacer mi trabajo. Dice John que cuando me ponga realmente bien, invitaremos al primo Henry y a Julia para que se queden una larga temporada aquí, pero por lo pronto sería como poner fuegos de artificio debajo de mi almohada si permitiera que ahora me visite gente tan estimulante.

Me gustaría mejorar pronto.

Pero no debo pensar en ello. ¡Me da la impresión que este papel se diera cuenta de la mala influencia que ejerce sobre mí!

Hay un lugar recurrente donde el diseño cuelga como si se le hubiera roto el cuello y dos ojos saltones te miran de manera desafiante y patas arriba.

Me da mucha rabia su impertinente persistencia. Esos ojos absurdos que nunca parpadean y que suben, bajan y se arrastran por todas partes. Hay un lugar en donde dos bordes no se ajustan y los ojos ascienden y descienden sobre la línea, uno un poco más alto que el otro.

Lloro por nada y lloro casi todo el tiempo

Ahí viene la hermana de John. ¡Es muy linda y se preocupa mucho de mí! No debo permitir que me descubra escribiendo.

Es un ama de casa perfecta y entusiasta y no desea tener ninguna otra profesión. ¡Cree, estoy segura, que es la escritura la que me ha hecho daño!

Pero puedo escribir cuando se va y mirarla desde la ventana cuando se aleja. (…)

El tapiz tiene una especie de subtrama de diferente tonalidad, un color particularmente irritante, que solo puede verse con cierta iluminación y no demasiado bien.

Pero en los lugares donde no está decolorado y cuando el sol lo ilumina se puede advertir una especie de informe figura extraña y provocativa que parece merodear detrás de la estúpida y llamativa trama de enfrente. (…)

Lloro por nada y lloro casi todo el tiempo.

Por supuesto no lo hago cuando está John conmigo o cuando está otra persona, lloro cuando estoy a solas. Ahora estoy sola casi todo el tiempo. (…) Empiezo a tenerle cariño a la habitación a pesar del papel tapiz. O quizás sea por el tapiz.

¡Lo tengo tan presente siempre!

Yazgo en la cama, es enorme e inamovible, me parece que está clavada al suelo; sigo con los ojos el diseño de la pared. Les aseguro que es tan bueno como hacer gimnasia. Digamos que empiezo por el principio, allá abajo en la esquina donde no ha sido tocado y me determino por milésima vez a seguir con los ojos su inútil recorrido, para buscar, para buscar una especie de solución. (…)

No sé por qué tengo que escribir esto.

No quiero.

No me siento capaz.

Y yo sé que John lo considerará absurdo. Pero debo decir lo que siento y pienso, ¡me causa tanto alivio! (…)

Se trata de una mujer

Hay cosas en el tapiz que solo yo conozco y que nadie más conocerá.

Cada vez son más visibles los tonos más opacos que se encuentran detrás del tramado principal.

Tienen las mismas formas pero son más abundantes.

Es como si una mujer se inclinase y se arrastrase furtivamente detrás del tramado. No me gusta nada. Me pregunto —empiezo a pensar— ¡si no preferiría que John me sacara de aquí! (...)

¡Durante la noche y bajo cualquier tipo de luz, al atardecer, o a la luz de una vela o la de una lámpara, y aún peor a la luz de la luna, se convierte en barrotes! Me refiero

> *al tramado exterior y entonces aparece plenamente la mujer que está detrás.*
>
> *Durante largo tiempo no pude precisar de qué se trataba, qué era aquella forma que aparecía detrás —esa desvaída subtrama— pero ahora casi puedo asegurar que se trata de una mujer.*

La depresión post-parto, el ataque de nervios, la histeria: locuras de mujeres. De eso se trata este cuento. *Se trata de una mujer*.

La historia se precipita ahora hacia su desenlace: la protagonista comienza a ver a una mujer (a verse) encerrada en la trama del tapiz. Y a intentar salir de la prisión del tapiz, (¿salir de la prisión de la cura, a través de la locura?). Al final: la pieza vacía, el papel arrancado a pedazos, la mujer arrastrándose por la pieza, declarando ante su marido atónito que ya nadie podrá encerrarla en el tapiz amarillo.

Como lo explica la autora en su artículo "¿Por qué escribí 'El tapiz amarillo'?", fue su propia experiencia con las curas recomendadas por especialistas para las crisis nerviosas de las mujeres, la que la llevó a escribir este cuento, que ella describe como una recreación literaria de su experiencia ("nunca tuve alucinaciones ni objeciones a la decoración de mis paredes", aclara).

"El tapiz amarillo", continúa contando la escritora Charlotte Perkins Gilman, ha salvado al menos a una mujer de correr la misma suerte que la protagonista del cuento: produjo tal terror en su familia que le permitieron volver a sus actividades normales, facilitando así su recuperación. También, según supo años después, el "gran especialista" que la atendió admitió haber modificado su tratamiento de la neurastenia después de leer "El tapiz amarillo". No lo escribí con la intención de volver loca a la gente sino de salvarla de la locura —y ha funcionado, concluye la autora con satisfacción.

Nota

Todos las palabras en cursiva corresponden a citas tomadas del libro de Charlotte Perkins Gilman, *El tapiz amarillo* (México: Siglo XXI, 1998; traducción y prólogo de Margo Glanz).

Elena Águila

EL SECRETO DEL HAIN*

¿Dónde están las mujeres que cantaban como pájaros?
Había tantas mujeres. ¿Dónde están?
Lola Kiepja**

Busco las huellas de los y las selk'nam (onas), habitantes de Karukinká ("nuestra tierra"), después llamada la Isla Grande de la Tierra del Humo, y luego la Tierra del Fuego.

Que sus ancestros/as llegaron a Karukinká hace 10.000 o 12.000 años, dicen. Y que "su única vestimenta era una capa de pieles de guanaco, aunque muchas veces solían andar completamente desnudos/as"; que "el silencio respetuoso era su manera de saludar"; y que "eran excelentes imitadores/as de animales...", "grandes mimos...", también dicen. Que "solo manifestaban su estado de ánimo mediante pinturas en el rostro", agregan.

Veo las imágenes de sus cuerpos pintados, para comunicar, para celebrar, para habitar el frío de Karunkinká. Desconfio de las fuentes, pero sigo adelante. Me encuentro así con sus mitos y sus ritos. O con lo que dicen, las fuentes, que eran sus mitos y sus ritos.

> *Hubo un tiempo muy pasado en que las mujeres mandaban. Ellas, guiadas por Halpn (Luna) conducían la vida humana. Distribuían los trabajos. Se comunicaban con los espíritus. Y celebraban el rito del Hain: ceremonia secreta en la que afirmaban su poder. En el Hain se reunían y pintaban sus cuerpos para representar la aparición de los espíritus que bajaban desde el cielo o salían de la tierra para asustar a los hombres, que de este modo permanecían obedientes al poder de las mujeres. Un día Zóort (Sol) descubrió a dos mujeres bañándose en el momento en que desaparecía de sus cuerpos la pintura utilizada para representar a los espíritus. Zóort comunicó a los demás hombres sus sospechas y estos descubrieron el engaño. Armados de grandes palos "asaltaron el Hain dando muerte a todas las mujeres adultas y a todas las jóvenes ya iniciadas, dejando con vida solo a las niñas pequeñas que nada sabían de tales representaciones.*

---

* Publicado en *Con-spirando* 6 (1993), *Haciendo memoria: raíces indígenas*.

** Lola Kiepja, una de las últimas mujeres selk'nam, en el año de su muerte (1966).

También Halpn (la luna) fue golpeada y lanzada al fuego, pero logró escapar y subió al cielo, donde conserva hasta hoy en su rostro las huellas de la violencia de que fue objeto por parte de los hombres. Zóort (el sol) por su parte, la persigue incansablemente en el cielo, sin que aún haya podido alcanzarla.

Desde ese momento los hombres fundaron el Hain masculino, estableciendo su completo dominio sobre las mujeres. Adoptaron la costumbre de reunirse cada cierto tiempo en una gran cabaña cónica hecha con troncos para iniciar a los jóvenes de sexo masculino en los secretos de la comunidad y para representar a los espíritus que permitían reafirmar el estatus de dominio sobre las mujeres. El joven iniciado (Klóketen) debía pasar por diferentes pruebas después de las cuales se le revelaba el secreto de los espíritus y el significado de la farsa representada por los hombres para mantener, con el apoyo de seres ficticios, el dominio sobre las mujeres. El Klóketen debía conservar este secreto durante toda la vida sin poder revelarlo a ninguna mujer, niña o niño aún no iniciado, bajo pena de muerte si llegaba a incurrir en la falta. La misma suerte le correspondía a cualquier mujer que por alguna circunstancia llegaba a descubrir el secreto y ***demostraba conocerlo****.*

En el interior del Hain, en los momentos más emotivos de la ceremonia, los hombres prorrumpían en constantes gritos entremezclados con llantos y sonoros golpes para aparentar el enojo repentino de algún espíritu. Se ocasionaban heridas cortantes en los brazos, tronco o cara para demostrar más tarde que habían sostenido una ardua defensa. En ciertas oportunidades las representaciones sobrenaturales se asomaban a la puerta del Hain causando gran revuelo entre las mujeres y niños cercanos, o bien irrumpían en el campamento produciendo escenas de angustia general. Al paso de estos espíritus, las mujeres debían lanzarse al suelo boca abajo, junto con sus hijos/as y cubrirse la cabeza con una piel de guanaco en señal de temor. El espíritu remecía los toldos y en ocasiones maltrataba con el garrote a alguna mujer que no tenía bien cubierta la cabeza, o que tenía fama de ser descuidada con sus trabajos o poco obediente en el hogar.

Puesta en escena del dominio. Representación del miedo. Ceremonia de exclusión. Ritos para reafirmar una jerarquía. Dicen—las fuentes—que no se sabe si las mujeres fingían creer en los espíritus del hain masculino, evitando así ser castigadas, o de verdad creían.

Es como ahora, pienso.

FUENTES

Anne Chapman. "Los ona: vida y muerte en Tierra del Fuego", fotocopia, s/r.

Mauricio Massone M. *Cultura selknam (ona)*. Santiago: Mineduc, 1982.

Nelly I. Penazzo y Guillermo Penazzo. "Kúnez niy kloket'n?". *Impactos* 39, Punta Arenas (1992).

"Los habitantes de la Tierra del Fuego. Chile y Argentina". Fotocopia, s/r.

Soledad Rojas

II

DE CUERPO ENTERO

Todo puede sucederle a un cuerpo de niña y de mujer. Ningún anonimato ni neutralidad lo protegen. Cualquiera sea la vestimenta, el traje, este cuerpo no pasa inadvertido. Este cuerpo está marcado. Será el blanco de una intimidación repetida.

Nicole Brossard

TAN LEJOS, TAN CERCA*

Tan lejos, tan cerca: el cuerpo. Nuestro cuerpo atravesado de lenguaje, de cultura. Cuerpo vivido en tensión: es propio y es ajeno. Su materialidad se nos impone, irreductible, cierta, pero a la vez nunca lo alcanzamos del todo, enredadas en la maraña discursiva que lo envuelve, lo asedia, lo imagina, lo inventa.

Buscando ensanchar el ejercicio de nuestra libertad nos aventuramos en el discurso de la emancipación y hacemos de algunas de nuestras experiencias corporales un asunto de derechos (sexuales y reproductivos, por ejemplo).

El cuerpo, inagotable como tema y como experiencia, es uno de los ejes de cualquier idea de liberación que podamos (aún) sostener.

Si el cuerpo de la mujer, al decir de Adrienne Rich, es el territorio donde se erige el patriarcado, también es el lugar de su posible y cotidiano desmantelamiento. El lugar desde donde se despliega o se contrae nuestra libertad. Por aquí debemos empezar.

* Texto armado con fragmentos de las editoriales de *Con-spirando* 12 (1995), *Cuerpo y sanación* y *Con-spirando* 37 (2001), *Cuerpo, política y placer.*

Elena Águila

YO QUIERO SER IGUAL QUE UNA SIRENA*

Yo quiero adelgazar, yo quiero adelgazar
yo quiero ser igual que una sirena **
Sussy Vecki

¿Por qué es cada vez más importante para cada vez más mujeres mantener un control cada vez más estricto sobre el peso y el volumen de su cuerpo? El número de mujeres a dieta o intentando seguir una dieta crece día a día. Cada vez se empieza a más temprana edad (niñas de nueve años anotan en sus propósitos para el año, junto con mejorar sus calificaciones escolares, "bajar de peso") y cada vez también la meta de la delgadez empieza a encontrar adhesión en más estratos sociales y grupos culturales.

Tengo la impresión de que hubo un tiempo en el que las dietas se hacían —o se intentaban— con disimulo. Hoy en día, en cambio, es más bien vergonzoso no imponerse restricción alguna respecto de la comida. Y más aún si tienes "kilos de más". Claro que si no los tienes, también, porque si te descuidas, seguro los tendrás.

Contorneando la evidencia de lo familiar

Que la delgadez es sinónimo de belleza y salud se ha transformado en una verdad evidente por sí misma, obvia. Todos los medios de comunicación lo proclaman a través de imágenes repetidas al infinito. La gordura, por su parte, ha devenido sinónimo de "falta de control", "descuido personal", "falta de autoestima", "carencias afectivas", "negación de la sexualidad", "afeamiento autoinflingido", etc., etc.

Yo creo que estas asociaciones, con las que estamos tan familiarizadas, de "natural" no tienen nada; creo que son construcciones culturales, inventos humanos. Y creo que tenemos todo el derecho a cuestionarlas, a indagar su sentido, preguntarnos si nos favorecen, si nos interesa reproducirlas o si acaso no preferiríamos desprendernos de ellas, por opresivas,

---

* Publicado en *Con-spirando* 12 (1995), *Cuerpo y sanación*.

** "La ballena", hit de la Nueva Ola chilena (1962).

discriminatorias y aburridas. Sí, porque, qué más aburrido que una cultura donde existe un solo cuerpo bello, atractivo, "ideal".

Sospecho de las palabras "sobrepeso", "obesidad", "comer compulsivo", "peso ideal", "el peso que le corresponde (de acuerdo a su edad, sexo y estatura)". ¿Quién los ha definido? ¿En base a qué parámetros? ¿Qué idea de lo humano hay detrás de esos conceptos? ¿Cuál es la ideología que los dota de sentido? Para mí no son conceptos neutros, "objetivos", "científicos". Son conceptos culturales, ideológicos e incluso políticos si nos atenemos al papel que juegan en la conformación de nuestra subjetividad y en el desarrollo de nuestra autoestima. Sí, porque resulta que, cada vez más, el peso y volumen del cuerpo, o más bien, la idea que se tenga respecto al peso y volumen del propio cuerpo (que para nada son lo mismo en la experiencia de un gran número de mujeres), son elementos que condicionan de manera muy significativa la autoestima de las mujeres. Y cuando se está hablando de la autoestima de un grupo social se está hablando de un tema político.

Es perfectamente lógico que el peso y el volumen del propio cuerpo constituyan una obsesión, cada vez mayor, cuando, desde distintos ámbitos, se exacerba la difusión de una determinada imagen del cuerpo de la mujer (delgada, joven, casi siempre blanca—si es morena, probablemente será "exótica"). Colaboran en este proceso, unidos por una intrincada red de hilos invisibles de la cultura, los medios de comunicación y la ciencia médica, el "sentido común" y las "bellas artes", el lenguaje y la gran industria (de la dietética, la cosmética, la cirugía "estética", la moda, la publicidad).

El estereotipo se reproduce, se enraíza, se hace hegemónico, deviene "verdadero". Como si siempre y en todo lugar hubiera sido así. Como si no fuera posible nada distinto. Es obvio que si estas "más" delgada te verás mejor. Serás más atractiva. Te sentirás mejor también. Más liviana. Más sexi. Tendrás más éxito en el amor. Y en el trabajo. Tendrás mejor salud. Sí, porque la "obesidad" o el "sobrepeso" están correlacionados con muchas enfermedades terribles (poco se habla de las enfermedades que van acompañadas de pérdida de peso o del apetito). Además, el "sobrepeso" es sinónimo de "descontrol", "falta de voluntad"—serios y vergonzosos "defectos de carácter".

¿Comedora compulsiva?

Como una alternativa al discurso más dominante que simplemente te dice, en todos los tonos, que debes adelgazar por "obvias" razones estéticas y/o de salud, aparece otro aparentemente más liberador que te dice que debes aceptar tu cuerpo, abandonar las dietas, perderle el miedo a la comida y

entonces de manera "natural" recuperarás tu "peso normal". Este discurso se autodenomina "feminista": "fat is a feminist issue", proclama.

Este enfoque te invita a analizar cuáles son las razones psicológicas que te han hecho engordar y cuáles serían los "temores inconscientes" que te alejan de la delgadez. Se da, así, por sentado que las mujeres gordas "tienen un problema". Seguramente no expresan sus emociones. O no tienen suficiente afecto en sus vidas. O tienen miedo de su sexualidad. Me pregunto ¿qué tiene que ver una cosa con otra? ¿Acaso no hay personas delgadas con dificultad para expresar sus emociones, con carencias afectivas o miedos a su sexualidad? ¿Acaso no da lo mismo? ¿Acaso no se puede ser infeliz, también, en un cuerpo delgado?

Creo que este enfoque ofrece una serie de indicaciones que pueden ser de gran ayuda en el proceso de recuperar una relación más relajada con la comida, dejar de lado las dietas y mejorar la relación con la propia imagen corporal. También puede ser un aporte para el autoconocimiento, la propuesta de analizar lo que estamos queriendo expresar con nuestro cuerpo (y, por supuesto, no solo con su volumen) y cuáles son nuestros temores y deseos asociados a la gordura y la delgadez. Pero, lo que este enfoque no logra hacer, aun cuando pareciera intentarlo, es dejar de dar por sentado que la delgadez es mejor que la gordura. Que una mujer gorda es necesariamente una "comedora compulsiva" o una "adicta a la comida".

¿Y qué pasa con las mujeres "delgadas" que también viven obsesionadas por lo que comen y no comen? ¿Que combinan los momentos de comida "abundante" (?) con períodos de dieta o ayuno (o vómito después de comer)? A veces, logran la tan deseada meta y sus cuerpos se mantienen delgados pero todas ellas siguen sintiéndose "fuera de control" respecto de los alimentos. Sin embargo, como sus cuerpos son "delgados", su difícil relación con la comida y con su autoimagen permanece invisible, secreta.

¿Qué significa, entonces, ser "comedora compulsiva" o "adicta a la comida"? "Comer en exceso y sin hambre", me dicen (no sé por qué pero me recuerda eso de tener sexo no conducente a la reproducción). Comer a escondidas, en grandes cantidades. Comer para evitar determinadas emociones. Lo contrario del "comer compulsivo" sería el "comer normal" por "necesidad fisiológica".

Encuentro totalmente arbitraria estas distinciones. Creo que la alimentación humana es un hecho cultural mucho más complejo —y a la vez más simple— que lo que estos discursos afirman. Comemos por razones fisiológicas, pero también hemos creado ritos y tejido afectos en torno a la comida. Comemos por razones de sobrevivencia, pero también podemos gozar con la comida.

Yo creo que hay una confusión de términos: a mí me parece que más que comer compulsivamente, la mayoría de las mujeres hacen dietas de manera compulsiva. No es que las mujeres no puedan dejar de comer (compulsivamente); lo que ya no pueden (compulsivamente) dejar de hacer, es dieta; lo que ya no pueden dejar de hacer es tratar de imponerse algún tipo de restricción respecto a la comida.

Un poco de imaginación

Si los medios de comunicación (o de (re)producción del imaginario cultural) han decidido ignorar la variedad de nuestros cuerpos ¿por qué no nos decidimos nosotras a ignorar la imagen repetida que nos ponen por delante con una insistencia monótona? ¿Por qué en vez de tratar de calzar con el modelo, no lo desconocemos y afirmamos el valor y el derecho a la existencia de nuestras diferencias?

Imagino una suerte de desobediencia civil respecto de los cánones y las ideas dominantes sobre nuestros cuerpos. *Un desplazamiento de nuestras referencias*. Imagino una producción cultural que da la espalda a los estereotipos, los ignora, los desconoce. Imagino que situadas *en otra economía del cuerpo y los placeres* sustraemos los cuerpos del dominio de la medicina (y en general de los discursos de la salud) y de la estética para situarlos en los terrenos de la erótica, el juego, la fiesta carnavalesca.

Imagino también que nos damos permiso para olvidarnos de nuestros cuerpos, cada tanto; para dejarlos fuera de todo discurso (ético, estético, político, médico, etc.); fuera del pensamiento y la comprensión; y nos permitimos vivir la pura acción de los cuerpos. Sin reflexión, sin saber. ¿Acaso los cuerpos han sido siempre y en todo lugar objeto de (tanto) discurso (tanta preocupación) ya sea para negarlos o exaltarlos?

Imagino, además, una cotidianidad en la que no nos guiamos por modelos excluyentes y monótonos. En la que el peso y el volumen de nuestros cuerpos ya no son objeto de comentario obligado. En la que a nadie le interesa hablar de dietas y de que si estás más flaca o más gorda. En la que los pensamientos obsesivos acerca de la comida y el peso han desaparecido de las mentes de mujeres y niñas. En la que el lenguaje del pecado y la culpa no se entromete en nuestras mesas (como alguna vez lo hizo en nuestras camas). Una cotidianidad en la que estamos *hermosamente vivas*. Imagino que nos autoafirmamos, que inventamos nuestros propios sentidos de belleza y salud, y que estos son múltiples, variados, sorprendentes. Está bien, reconozco que no me falta imaginación.

LECTURAS que incitaron esta manera de pensar

Orbach, Susie. *Tu cuerpo, tú misma. Guía de autoayuda para mujeres compulsivas*. Barcelona: Granica, 1987. Título original: *Fat is a Feminist Issue* (1981) (nótese la diferencia del título en inglés).

Wolf, Naomi. *El mito de la belleza*. Barcelona: Emecé, 1991.

LA FÁBRICA DE ARTIFICIOS (notas acerca de la intervención de los cuerpos)*

El concepto de "intervención" sirve para pensar buena parte de lo que acontece en relación con nuestros cuerpos: *¿to diet or not to diet?*, ¿cirugía estética?, ¿maquillaje?, ¿parto en la casa o en el hospital?, ¿con o sin anestesia?, aborto ¿sí o no?, ¿medicamentos alopáticos u homeopáticos?, ¿tomar o no "pastillas para los nervios"?, ¿me hago un tatuaje?, ¿me pelo al rape?, ¿me pongo un aro en la lengua? El cuerpo es una zona que estamos siempre conminadas a intervenir.

¿Sobre qué base evaluamos las distintas intervenciones posibles de realizar en nuestros cuerpos? Existe cierto feminismo (en el ecofeminismo esto es muy claro) que pareciera postular una especie de "utopía de la no intervención" que se apoya en la idea de un "cuerpo natural" al que habría que dejar intacto —como el bosque nativo para los/as ecologistas. La analogía falla: la idea de un "cuerpo nativo" es un imposible. No hay, no existe, nunca hubo.

Desde siempre hemos nacido en contextos culturales y desde que nos asomamos al mundo nuestro cuerpo se vuelve objeto de intervenciones varias y de ahí la cosa no para hasta la bóveda.

Entonces, como feminista, no es que esté por la "no-intervención" (no maquillaje, no dieta, no remedios alopáticos, no tampones, no depilación, no cirugía estética, etc. etc.). Mi crítica se dirige a ciertas "intervenciones" por las consecuencias que estas tienen para la vida de las mujeres.

Una historia: recuerdo que hace unos años me invitaron a participar en un programa de debate en la televisión porque iban a discutir sobre la cirugía estética y necesitaban alguien que se opusiera. Pensaron que las feministas nos opondríamos y por eso salieron a buscar una. Llegaron hasta mí porque nadie se animaba a ir. Ninguna se sentía cómoda oponiéndose a la cirugía estética (¿desde donde? ¿desde un supuesto cuerpo natural?).

---

* Publicado en *Con-spirando* 33 (2000), *Cuerpo y política*.

Yo tampoco me animé a ir. Pero, ahora, un par de años después, creo que sí se puede criticar la cirugía estética sin apelar a un "cuerpo natural". Lo que podemos criticar (y debemos, como feministas) es la tal cirugía estética en el contexto de nuestra cultura, de nuestras sociedades e, incluso, de nuestros países. Debemos preguntamos cuál es la función de la tal cirugía estética, quiénes la hacen, autorizados por quiénes y a quiénes se la hacen; desde donde y cómo se produce nuestro deseo de cirugía estética, etc. Y la pregunta del millón: ¿cómo se ha establecido el modelo estético de la cirugía estética? Entonces, estimados televidentes, no estoy criticando la idea general de intervenir nuestros cuerpos con fines estéticos, lo hemos hecho desde siempre, es una posibilidad humana que, en sí, no me merece reparos. Lo que quiero criticar es la imposición de (y nuestra sumisión a) un canon de belleza único y estrecho en cuya definición no hemos participado.

¿Por qué todo esto es político? Porque las intervenciones en el cuerpo ocurren en el marco de las relaciones de poder que articulan nuestras sociedades. Las intervenciones que se nos proponen/imponen/a las que se nos incita, en nuestra querida cultura, nos son presentadas como montañas de naturaleza y lo que nosotras queremos mostrar es que son volcanes de artificio. No para oponernos a la producción de "artificios" sino para apropiarnos de la fábrica de artificios. A tu artificio respondo con el mío; muestro, entonces, la relatividad del artificio dominante y, así, su poder se atenúa, se aliviana, se aligera... ¿Es esto una "lucha por la hegemonía"? No, en el sentido de que yo no quiero que mi artificio se haga hegemónico. Lo que yo quiero que se haga hegemónico es la idea de que el artificio es tal y de que podemos participar en la producción de los artificios.

O sea: ¡socialización de los medios de producción de artificios! ¡Propiedad colectiva-comunitaria de los tales medios! ¡No al monopolio en este terreno —como en tantos otros!

LAS SEÑALES DE NUESTRA PIEL*

Nuestra piel está viva de señales
Adrienne Rich

Las señales de nuestra piel viva nos conducen a examinar la medicina como institución con su despliegue tecnológico, su infraestructura clínica y "hospitalaria" y sus autoritarias relaciones de poder. No se trata solo de "servicios" que se intercambian en el sistema público o privado y cuya cobertura quisiéramos se ampliara a todo ser humano como derecho básico. Los "sistemas de salud" comportan valores, concepciones de mundo, ideologías. Ejercen, también, una función de autoridad y control social. Enfermar es más que un hecho fisiológico y sanar más que un hecho médico. Enfermamos y sanamos en un entramado de relaciones personales y sociales. En un contexto político y cultural. Así, entonces, hay mujeres que, siguiendo las señales vivas de su piel, buscan reapropiarse de algunos aspectos de su experiencia —el embarazo y el parto, por ejemplo— que la medicina moderna ha incorporado a su jurisdicción.

* Fragmento de la editorial de *Con-spirando* 12 (1995), *Cuerpo y sanación*.

ACERCA DE EMBARAZOS, PARTOS Y MATERNIDADES*

Carmen Durán

Cambiar la experiencia del parto significa modificar la relación de las mujeres con el miedo y la debilidad, con nuestros cuerpos, con nuestros hijos e hijas; sus implicaciones son de gran alcance psíquico y político.
Adrienne Rich

Tengo 37 años y 7 meses de embarazo. Esta es mi primera guagua. He buscado, interrogado y aprendido mucho en estos meses. He buceado dentro de mí para conocer y saber (y contar) mis propias creencias, temores, fantasmas y expectativas relacionados con el embarazo, el parto, la maternidad. He entrevistado a cada una de mis múltiples amigas, parientas y conocidas acerca de sus propias experiencias personales. He estudiado manuales y libros de obstetricia "oficial" y "alternativa". Me he desvelado en noches afiebradas, imaginando, soñando despierta, tratando de ensanchar y entender voces inaudibles. También he soñado dormida lo posible y lo improbable, lo mejor y lo peor de lo (in)imaginable.

¿Cuidarme para otro/a?

Nunca, como durante el embarazo, la gente y los libros me han dicho con tanta insistencia: "cuídate". Para todos es tan normal cuidarse ahora. "Ahora que ya no eres solo tú". Funciona, entonces, una de las más básicas "verdades" de la cultura patriarcal: "ser mujer es ser para otros". ¿Por qué no se usa cuidarse siempre? ¿Por qué no es eso "lo normal"? La salud de

* Publicado en *Con-spirando* 12 (1995), *Cuerpo y sanación*.

una mujer es siempre importante. Podríamos aprender desde pequeñas a querer y cuidar nuestro cuerpo y nuestro bienestar general. No solo para ofrecerlos a otra vida, sino para ofrecérnoslos siempre a nosotras mismas.

La sociedad entera parece ofenderse cuando una mujer embarazada no se cuida. Sin embargo, se ignora absolutamente la falta de cuidados en general. Porque todo lo que nos hace bien durante el embarazo, nos haría bien siempre: que las vitaminas, el hierro y el calcio; que los ejercicios, el aire puro y el merecido descanso; que no pasar rabias, pensar positivamente y ser tratadas con cariño; que no usar ropa apretada—como si por el hecho de no estar embarazadas, andar apretadas fuera normal. ¿Es que no nos merecemos la misma ternura y el mismo cuidado que un bebé durante toda la vida?

La maternidad no es "lo máximo"

Es común leer y escuchar que "la maternidad es lo máximo para una mujer", que a través de ella "te realizas realmente", que es nuestra "función primordial", etc., etc.

Yo no creo que esto sea cierto. No lo creía antes de embarazarme y menos lo creo ahora. Creo que el embarazo, el parto y la maternidad como muchas otras experiencias pueden ser intensas y maravillosas o bien una dificultad, un problema. O una mezcla de todo esto. No veo que las mujeres, por el solo hecho de ser madres biológicas, sean más felices, realizadas o poderosas que las que no lo son. Y viceversa.

Es cierto, puede ser rico estar embarazada, sentir este pez aleteando en mi guata, sentirla crecer, sentirla sentir. Mi propia manzana madurando, una flor, el misterio de la vida. Ser yo también parte de la huerta, una planta del jardín, *gaia*. Claro que es una experiencia sensual, mística y de poder. Sin embargo, no es "lo máximo" que ha ocurrido en mi vida. Muchas veces, de múltiples maneras me he sentido *gaia*, me he sentido plena y poderosa, participando activamente de la creación y re-creación de la vida y la cultura.

Mi felicidad y mi éxtasis, entonces, no dependen de mi embarazo, sino de mí misma, de toda mi vida, tal como ha sido y es. Porque una guagua, por muy maravillosa que sea la experiencia, no es lo único que se gesta. He respirado el viento de todos los puntos cardinales para múltiples embarazos, en múltiples sentidos, en todas mis dimensiones: sueños, visiones, imágenes, amores y proyectos varios. Todos tan válidos y trascendentes. Todos posibles y probables. No niego la maternidad como fuente de realización, sino que la afirmo como una más entre múltiples otras.

Sospecha, mujer sospecha

Cuando supe que estaba embarazada empecé mi propia búsqueda de cómo parir. ¿Cuáles eran las opciones? No hubo ambigüedades. Lo primero: médicos y hospitales, presentados/percibidos como opción única, incuestionable e ineludible. Constaté en todas las opiniones al respecto un énfasis marcado en el supuesto "riesgo". Casi se ha perdido el concepto de parto normal. Ahora todo embarazo y parto es visto como riesgo de peligro, complicaciones, enfermedades. Esta mirada fundamenta la necesidad de ingresar los embarazos y los partos al ámbito de la medicina. Pero ocurre que los partos son inevitables y sencillos. Las mujeres pueden parir solas a la orilla del río. Cada tanto las noticias nos dicen que un policía o un taxista atendieron un parto.

Entonces ¿por qué el énfasis en transformar estas experiencias en situaciones que solo los "especialistas" están en condiciones de enfrentar? No desconozco que hay un porcentaje (pequeño) de embarazos y partos con complicaciones y que algunas mujeres pueden verse favorecidas por la ayuda médica y la tecnología hospitalaria. Lo que me desconcierta es que todos los embarazos y todos los partos deban someterse al sistema médico-hospitalario-tecnológico como algo "natural".

Como potencial "paciente" (o "cliente") del hospital público (o la clínica privada), siento sincero rechazo a las prácticas médicas y tecnológicas que se imponen a toda embarazada. Todo se hace por regla general, por rutina, y no hay opciones individuales, ni posibles alternativas: el rasurado completo; el enema; el estar sola, sin los vínculos afectivos que desees; la episiotomía (o tristemente célebre "tajo"); la obligación de estar acostada durante el trabajo de parto; la obligación de parir acostada de espalda, rodeada, a veces, de muchas personas extrañas que no necesariamente tendrán con nosotras la delicadeza o consideración que necesitemos (pueden estar aburridas o agotadas después de sus largos turnos); el hecho de que se lleven a la guagua después de que nace, a veces, durante muchas horas; el que te pongan anestesia sin preguntarte; y qué decir de los detalles ambientales, lo feas y frías que son las instalaciones hospitalarias, con sus sonidos y olores peculiares; sentir el temor y dolor de otras mujeres; sin olvidar el abuso de las cesáreas, tan de moda en estos días; más la inducción y la rotura artificial de membranas. ¿Hacen todas estas condiciones necesariamente "mejores" los partos? La autorizada voz de la ciencia médica afirma que todo esto es beneficioso para madres y guaguas. ¿Lo es realmente?

Las escrituras de algunas feministas, buscadas con lupa y encontradas con alivio, me han ofrecido miradas distintas, una visión crítica, propuestas

alternativas y respuesta a algunas de mis preguntas. También las investigaciones y propuestas provenientes de corrientes críticas dentro de la misma medicina obstétrica, la ginecología y la sicología. Además de las historias que me cuentan algunas de mis amigas mayores que viven en el campo.

Yo quiero parir en mi casa

> *¿Cómo han dado a luz las mujeres, quién las ayudó, cómo, por qué? Estas preguntas no se refieren simplemente a la historia de parteras u obstetras: son preguntas políticas. La mujer que aguarda su período o el comienzo del parto, o bien la que yace en la mesa soportando un aborto o empujando un hijo que nace; la mujer que se inserta un diafragma o traga la píldora diaria, hace todas estas cosas bajo la influencia de siglos de letra impresa. Sus elecciones —cuando tiene alguna— se hacen o se proscriben en el contexto de las leyes y los códigos profesionales, las sanciones religiosas y las tradiciones étnicas, de cuya elaboración las mujeres, históricamente, han estado excluidas. (...) Mientras el parto —en sentido metafórico y literal— continúe siendo una experiencia de entrega pasiva de nuestros cuerpos y de nuestras mentes a la autoridad masculina y a su tecnología, otras clases de cambios sociales solo podrán transformar en proporciones mínimas la relación con nosotras mismas, con el poder y con el mundo exterior a nuestros cuerpos.*
>
> Adrienne Rich

Hace solo un par de generaciones las mujeres chilenas parían en sus casas. Actualmente, decir "quiero parir en mi casa" provoca tal desconcierto, temor e incomprensión que pareciera que hace siglos nadie lo hubiera hecho.

Me cuenta la señora Anita: "cuando yo ya veía que iba a nacer la guagua, mandaba a buscar a la Rosa y a la Juana (sus vecinas y amigas, las cantoras) y ellas venían a acompañarme. Calentaban el agua y preparaban lo que hacía falta, los paños, la ropita, la cama. Ellas la acompañaban a una, le conversaban y eran risas y risas y una no se daba ni cuenta cuando ya había nacido la guagua. Después, lo primero, su caldo de sustancia hirviendo y a descansar. Ellas se hacían cargo de todo, de la casa, hasta que una ya se recuperaba. Así tuve a mis cuatro hijos y a mi hija. Todos sanitos, gracias a la Virgen".

Mis abuelas urbanas parieron en sus casas en las décadas 20/30. En el campo, las mujeres de la edad de mi mamá también parieron en sus casas

en las décadas 50 y 60. Y la gran mayoría no enfrentó grandes peligros. No desconozco que a las que enfrentaron dificultades, ahora se les facilitarían las cosas. Por eso mismo me parece aún más fácil y posible, hoy en día, parir en casa. Ahora hay autos y teléfonos y si se llega a presentar alguna complicación podemos llegar al hospital rápidamente en busca de ayuda cuando es realmente necesaria.

Yo quiero parir en mi casa. En mi pieza de colores, con el jardín en las ventanas y con mis amigas, mi amor y mi mamá. Quiero participar activamente, como protagonista consciente, escuchando a mi cuerpo, confiando en la naturaleza y en mi capacidad de parir espontáneamente. Acompañada también de una partera con experiencia, segura de sí misma que vigile discretamente el proceso y la aparición de cualquier señal de complicación. Y que quienes me acompañen actúen como ayudantas serenas generadoras de confianza y seguridad, que me cuiden, asistan y apoyen activamente, con su cariño, paciencia y comprensión. Con la fuerza de todas mis abuelas de tantas razas que me han antecedido. Recibir a mi guagua en mis brazos, recibida, a mi vez, por los brazos queridos de quienes me quieren. Recibirla con emoción, lágrimas, risas y canciones. Y luego descansar tranquila, confiada en que mi guagüita está siendo cuidada con amor por sus hadas madrinas, muy cerca de mí.

LECTURAS que alentaron esta forma de pensar

Papagno, Luis y Liliana Vidal. *Así nacemos. Fundamento para un parto sin violencia*. Buenos Aires: Celcius, 1986.

Rich, Adrienne. *Nacida de mujer. La crisis de la maternidad como institución y como experiencia*. Barcelona: Noguer, 1978 (1976).

Embarazo y nacimiento gozosos. El arte del embarazo y el parto: entre el saber tradicional y los conocimientos actuales. Monográfico 4 de *Revista Integral. Ecología, salud y vida natural*. Barcelona: Integral, 1982.

Evelyn Ruman

EN MOVIMIENTO

Pasmada y absorta recorrí paneles, talleres; tuve encuentros de pasillos, mirada de silla de atrás, protagonismo de público; ganas de querer mirarlo y oírlo todo... plenitud de vagabunda, nada me ataba mucho tiempo. Inasible. Solo ir y venir y no más que eso. La aliviada sensación de ver tantas mujeres jóvenes. La continuidad asegurada.

Julieta Kirkwood
II Encuentro Feminista
Latinoamericano y del Caribe, Lima,
1983.

YO RECUERDO A JULIETA KIRKWOOD*

Carmen Durán

Partir del cuerpo, ir a las palabras, volver al cuerpo: la experiencia in-corporada, in-corpo-narrada, el cuerpo historizado, la palabra hecha carne, el cuerpo hecho (de) palabras...

Josefina Hurtado

Por allá por la mítica década de los 80 —yo tenía 20— en el patio de un monasterio, bajo unas palmeras, escuché claramente la palabra feminismo. ¡¡¿¿Quéééé??!! exclamó la mayoría de la audiencia (algunos guapos y combativos estudiantes de las universidades de la época). Las chicas guardamos sorprendido silencio.

Yo recuerdo a Julieta Kirkwood sentada pierna encima, con su hermosa piel tostada y su serenidad despampanante. Me senté en primera fila, la escuché con atención y ya a la tercera frase me dije: soy feminista. Julieta sonreía, como el sol poniéndose en la loma. Su primera frase fue: la discriminación de la mujer existe. La segunda fue algo así como: cada vez que ha existido opresión patriarcal ha existido resistencia organizada desde las mujeres. Y la tercera: durante las primeras décadas del siglo XX existieron feministas en Chile. ¡¡¿¿Qué??!! (esta vez la exclamación fue mía).

Su pelo ondeaba oscuro sobre sus hombros. Yo la miraba con asombro y expectación. Descubría la rueda y mi vida se enrumbaba decidida por un camino apasionante. Todo se me re-iluminaba. Mi cuerpo se estremecía de alegría, de sorpresa, de alivio. ¡Qué suerte la mía!

El feminismo soy yo, dijo alguna vez, más tarde, y yo entendí que cada una de nosotras era un ejemplo, una muestra de lo posible. Y ella lo había sido para mí. Sus palabras y también su presencia provocaron en mí esa respuesta. La feminista era yo y el feminismo éramos nosotras.

No era fácil, en esos tiempos de dictadura y resistencia, de vida y de muerte

*Este texto se publicó por primera vez en www.feministastramando.cl.

cotidiana, hablar de estas novedades. Los compañeros se sentían atacados, ofendidos, descalificados (no sé por qué). Las compañeras temían ser descalificadas por ellos. Las discusiones no terminaban nunca. El feminismo es una mano del imperialismo, ten cuidado, me dijo más de alguien.

Pero yo seguí a Julieta a ojos cerrados y abiertos. Fui al Círculo, la casa que habían fundado en el Barrio Bellavista y ella me prestó un libro de Emma Goldman, la feminista anarquista del cambio de siglo, que yo devoré con fruición. Emma hablaba de la libertad sexual, de los anticonceptivos, de la independencia corporal de las mujeres ¡a principios del siglo XX! Eso recuerdo. Mientras, Julieta me hablaba, entre otras cosas, de la autonomía del propio cuerpo desde la cual nacía cualquier otra forma de independencia: partir del propio cuerpo es la primera toma de posesión de la propia libertad. Allí, entre esos libros, cuerpos y conversas fragüé, en mi propia piel, en mi esqueleto, mi propia versión de los hechos.

Comprendí que nuestro cuerpo, nuestros cuerpos/nuestras vidas jugaban un papel clave en el escenario político en el que nos desenvolvíamos. Límites, control, manejo, adiestramiento, disciplinamiento corporal y emocional... y también: lo erótico como poder, la memoria del cuerpo y la trasgresión de los paradigmas... Aprendí que eran aspectos ineludibles a la hora de ser mujeres y especialmente a la hora de ser resistencia organizada.

Me zambullí en la biblioteca del Círculo de Estudios de la Mujer, ávida por participar en ese diálogo centenario en que las protagonistas éramos de carne y huesos. Me zambullí en mi propio cuerpo intentando comprender la sinrazón de tantos dolores y magulladuras crónicas. Me zambullí en la memoria corporal propia y la de mis amigas buscando, a pies juntillas, respuestas a preguntas que casi no sabíamos formular.

En el intertanto mi bella Julieta se fue de este mundo, sumergida en el profundo misterio de las ausencias y me quedé sola en el jardín de lo soñado recién descubierto. *Para no esperar el equipo empecé sola*. Y luego otras me acompañaron. Feminarias. Bailando, escribiendo, charlando, inventando. En esos años no existía internet. Solo *Fempress* nos saciaba la sed en el desierto. Solo nosotras con nuestra radiante vitalidad y desparpajo. Mozas insolentes. Casa de los Colores.

Julieta nunca perdió la calma cuando mis compañeros universitarios respondían airados a sus intervenciones. Esa paz me cautivó. En minutos supe que estaba frente a un referente importantísimo para mí. Cuando tenga 40 años quiero ser así: hermosa, sabia, brillante, imperturbable, lúcida, serena, valiente. Ahora ya tengo 50 y algo y todavía no soy como ella (aunque ya me falta menos).

Sí, he aprendido que una buena manera de hacerse feminista es conocer

a algunas de ellas, verlas en acción, escucharlas, leerlas, amarlas. También creo que necesitamos liberar la expresión de nuestras emociones y nuestra creatividad sin fin, solas, juntas y revueltas, explorando más allá de los estereotipos que hemos aprendido, fortaleciéndonos allí, renombrando una existencia que reinventamos a nuestro favor. He aprendido a amar la belleza de cada mujer, de cada cuerpo de mujer, empezando por el mío. He aprendido a encontrar valor y coraje dentro de mi propio cuerpo y a enseñar a otras a encontrar el suyo también.

Recuerdo a Julieta esa tarde de enero, cuando ella llevó la sala de clases al patio. Ella fue presencia vital y visibilización de palabras y cuerpos. Ella fue el feminismo y yo le creí, cuando el cuerpo fue un río ayayay de bellas olas.

> *La compañía de mujeres, la presencia de mujeres, constituye un espacio sonoro y semántico sin el cual no hay eco para lo que somos.*
>
> Nicole Brossard

IVETTE MALVERDE*

¿Qué sentidos tiene instalar un programa específico de Estudios de la Mujer en una universidad en Chile?, se preguntaba Ivette Malverde, hace algunos años, en la ceremonia de graduación de la primera promoción del Diplomado en Estudios de la Mujer de la Universidad de Concepción. Otro par de años antes, en 1991, ella junto a Patricia Pinto, su colega y amiga, habían, contra viento y patriarcado, creado el primer programa de estudios de la mujer en una universidad chilena.

"Durante demasiados años la Universidad se mantuvo alejada de la preocupación en torno a la situación de las mujeres…" argumentaba Ivette en el mismo discurso, intentando responder la pregunta por el sentido de los "estudios de la mujer". Y agregaba:

> *El pensamiento científico predominante no solo es clasista, eurocéntrico, blanquicéntrico, sino también es sexista: androcéntrico, patriarcal. La discriminación sexual en materia de conocimiento se encuentra tanto en la forma, en el tipo, en el empleo del conocimiento, como en las vías que se consideran adecuadas para elaborarlo y transmitirlo... Las feministas proponemos una manera diferente de hacer ciencia, queremos poner de manifiesto los compromisos ideológicos de las prácticas científicas; queremos que las ciencias se reorienten en beneficio de las personas, pues las ciencias no son puras especulaciones teóricas, por ello pedimos que vuelvan a unirse valores éticos a la investigación científica y a la tecnología .*

Al cierre de su discurso, Ivette concluía: *"Constituir un Programa (de Estudios de la Mujer) nos obliga a desatar la imaginación"*.

Ivette Malverde fue mi profesora alguna vez, en la universidad, pero después, y esa fue la mejor parte, feminismo mediante, con-spiramos juntas. Ella fue siempre una entusiasta con-spiradora, suscriptora fiel de nuestra revista, buscadora afín de una espiritualidad despatriarcalizada. Enfermó de cáncer, hace unos años atrás y el día 9 de abril de 1998, murió, en Concepción, en su casa.

Todavía no sé cómo hacerme a la idea de que no la voy a encontrar, un día de estos, en alguna "actividad de mujeres" ("no perdono a la vida desatenta").

---

* Publicado en *Con-spirando* 24 (1998), *Trabajo: sentidos y sin sentidos*.

DÉCIMAS PARA IVETTE*

Carmen Durán
Concepción, abril 2008

Ivette querida Malverde
amiga de la palabra
escribo pa que se abra
-puesto que nada se pierde-
memoria de un mar muy verde
sencilla y de risa llana
de la noche a la mañana
por todas las latitudes
de imágenes y virtudes
tu recuerdo se desgrana.

Todo tu malabarismo
nos legaste ayer con creces
aleteando como peces
pa salir de tal abismo
y de aquel logocentrismo
¡no olvides lo que muerde!
me dices pa que me acuerde
te miro por catalejo
no te has ido tú tan lejos
mi querida Ivette Malverde.

* Estas décimas se publican aquí por primera vez.

Te busco en el horizonte
y en el mar azul t'encuentro
te busco y te llevo dentro
eres una polizonte
viajera vas por el monte
del libro y de la escritura
m'enseñas literatura
me iluminas el camino
me das letras por racimo
cosecha de la cultura

Te acercas por el desierto
de Chile y del Norte Grande
y empujas para que ande
el tren de nuestros aciertos
–feminismos descubiertos–
te lees unos libracos
mujeres de abrigo y tacos
recorren los derroteros
los continentes enteros
van llenando nuestros sacos.

Te recuerdo en la escalera
papeles van en tus brazos
voy siguiendo yo tus pasos
te recuerdo muy serena
como abeja en la colmena
inventando con ahínco
–con un lápiz en el cinto–
las estudios superiores
de post grado ¡sí señores!
con tu amiga Paty Pinto.

ENCONTRÉ A LA DIOSA EN EL V ENCUENTRO (Argentina, 1990)*

Carmen Durán

3000 mujeres en Mar de Ajó, Argentina.

¿Cómo lo viví yo?

Conocí mujeres marabrillosas y sentí cambios en mi cuerpo y en mi corazón.
Nuevas referencias: mujeres sin hijos, sin hombre, mujeres sabias, maestras, mujeres felices, mujeres con mujeres, mujeres serenas, optimistas, alegres. Mujeres espirituales, dulces, tiernas, atrevidas, valientes y rebeldes: el derecho a decidir, a elegir, a cambiar.
Mujeres abiertas. Mujeres solas. Acompañadas… Mujeres magas, hechiceras, hadas madrinas. Escritoras, bailantas, mamás, amigas. Mujeres furiosas. Mujeres lámparas. Mujeres múltiples. Pluralidad de mujeres.

Me descubrí a mí misma. Nuevas autorreferencias. Mujeres espejos. Mi propio cuerpo y la mar. Ahondé un poco más en mi propio poder, bajé el aljibe al pozo por más agua. Mi fuerza espiritual. Mi poder espiritual (corporal intelectivo, curador, creativo, expresivo, emocional, artístico).
Crece mi valor, mi arrojo, mi atrevimiento, mi alegría.
Confirmo mis pasiones/caminos.

Tras recorrer este encuentro, la vida se abre para mí como una flor.
Riego con mi sangre a la pachamama, amo a mis hermanas y me abro a la vida, lenta, lentamente, como una flor del campo latinoamericana, del mundo.

Gracias, gracias.

---

* Escrito a propósito del V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en 1990 en Argentina. Publicado aquí por primera vez.

Elena Águila

ECOS DEL VI ENCUENTRO FEMINISTA LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE (El Salvador, 1993)*

Por un lado, estuvieron "los talleres". Talleres sobre esto y lo otro y lo de más allá: feminismo en América Central, violencia doméstica, tráfico de mujeres y prostitución, solidaridad entre mujeres Norte-Sur, lesbianismo, escuela de brujas, arte y cultura, masajes y sanación, feminismo y etnia, comunicaciones, salud, teología, etc., etc., etc. A esto debemos agregar videos, obras de teatro, bailes y otras expresiones artísticas que se asoman generalmente al caer el sol. Muchas de estas actividades se desarrollan paralelamente y cada participante debe hacer su itinerario según sus intereses, sus afinidades, sus búsquedas. Por otro lado, estuvieron las instancias más amplias (foros, reuniones plenarias), en las que se abordaron "los temas-ejes del Encuentro". Esta "división del trabajo" no es nueva en el movimiento.

No es la primera vez (y tampoco fue la última) en que los talleres y otras actividades quedan ubicados en una zona marginal dentro de la totalidad del Encuentro. En los foros y plenarias, en las que se abordan los temas "generales", las otras expresiones desaparecen. Es como si existieran dos niveles que no se "encuentran". Es como si los asuntos tratados en los talleres no fueran parte de los "grandes asuntos de la política feminista". Es como si por un lado hiciéramos todo un trabajo en distintos ámbitos de la sociedad y la cultura, y luego, al momento de definir nuestras políticas más generales, dejáramos de lado todo ese trabajo por áreas temáticas. O simplemente no fuéramos capaces de diseñar nuestra política feminista entretejiendo los trabajos específicos que cada grupo o persona está

* Publicado en *Con-spirando* 8 (1994), *Desarmar la violencia*.

haciendo en diferentes ámbitos. Perdemos o desaprovechamos, así, nuestra propia riqueza.

Si ponemos en común todo lo que las feministas están haciendo, ya sea en forma individual, o de a dos, de a tres, de a ocho, en colectivos de todo tipo y tamaños, nos encontramos con una gran riqueza de planteamientos, de experiencias y de creatividad en la manera de trabajar. Pero, en el diseño de nuestros grandes Encuentros no le sacamos el jugo a esto. Reproducimos la compartimentación en la que habitualmente funcionamos (y entonces los miles de talleres diarios). Y a la hora de las instancias comunes, se supone que todas elegimos tratar asuntos referidos a la "política" (pero, ¿acaso los temas de los talleres no son políticos?).

Creo que las feministas tenemos el desafío de desarmar las jerarquías preestablecidas y no reproducir la separación entre política y cultura, entre trabajo intelectual y trabajo corporal. Las sociedades patriarcales funcionan así. En compartimentos estancos: aquí, el arte, aquí la espiritualidad, aquí el saber, aquí la política, aquí la fiesta. Creo que como feministas tenemos el desafío de mezclarlo todo. Con irreverencia y desparpajo.

Elena Águila

CHILE, 1996: VII ENCUENTRO FEMINISTA LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE*

Dos foros centrales: "Marcos políticos-filosóficos de las distintas corrientes del feminismo latinoamericano" y "El lado oculto y discriminado del feminismo" (en el que se escucharon las voces de mujeres indígenas, lesbianas, inmigrantes, negras, y discapacitadas); plenarias agitadas y, a ratos, muy tensas; talleres "de profundización" y talleres "optativos"; algunas expresiones artísticas deslizándose por los márgenes del Encuentro; fiestas al caer la noche; una improvisada feria; la ya tradicional "cueva de la salud"; una marcha en el Día de la No Violencia contra la Mujer; fueron algunas de las actividades que tuvieron lugar en el marco del VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, al que asistieron alrededor de 700 mujeres de todos los países de la región. La evaluación de lo que han sido los distintos rumbos que ha tomado el feminismo en América Latina en los últimos años fue el tema que dominó la escena. Estuvieron las que critican duramente todo lo que ha sido el proceso relacionado con la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer (Beijing, 1995), el papel de las ONG, el trabajo con organismos estatales "de la mujer", etc., y postulan la necesidad de promover el desarrollo del feminismo en tanto movimiento social radicalmente cuestionador del sistema patriarcal y de su actual concreción en el neoliberalismo. Estuvieron las que sí participaron activamente en el proceso de Beijing y consideran que sí tuvo aspectos positivos, que contribuyó a movilizar a mujeres que nunca se habían planteado los temas del género, a sensibilizar a la sociedad en relación al tema, y que aún cuando no se cambie radicalmente el sistema, es válido intentar ocupar espacios dentro de él, y promover la promulgación de determinadas leyes o políticas públicas que beneficien a las mujeres. Estuvieron también las que no creen

* Publicado en *Con-spirando* 18, (1996), *¿Cambiar el mundo?: Nudos, desplazamientos*.

que estas dos posiciones sean las únicas presentes en el movimiento, o de que sea imprescindible que todas nos definamos en esta bi-polaridad.

El caso es que a la hora de conformarse los llamados "talleres de profundización", que de acuerdo a la propuesta de la Comisión Organizadora debían constituirse "por afinidades de proyecto político feminista", funcionaron cuatro grupos distintos: uno del "feminismo autónomo"; otro propuesto por Gina Vargas (coordinadora del proceso de preparación del Foro de ONG de Beijing) que se denominó "agenda radical feminista autónoma"; un tercero, el más concurrido y más aplaudido a la hora de presentar sus conclusiones a la plenaria, que se llamó "ni las unas ni las otras"; y un taller de "feminismo socialista".

En otro circuito, se reunieron por aquí y por allá, mujeres negras (quienes básicamente plantearon la pregunta ¿donde están las mujeres negras?); se juntaron también las mujeres vinculadas a Programas Académicos de Mujer y Género; las sindicalistas; las lesbianas; hubo un grupo que se reunió en torno al tema "Mujeres, globalización y justicia económica"; otro en torno a "Prostitución y tráfico de mujeres", etc., etc.

Además, fotos, pinturas, esculturas—no muchas pero algo había—se desplegaron en los rincones del local donde tenían lugar los acalorados debates. Una pequeña feria improvisada funcionó en las afueras del mismo local, permitiendo conocer el rostro y las señas detrás de las publicaciones feministas que circulan por el continente. O conocer la creatividad de mujeres hecha ropa o artesanía. Allí la conversación cara a cara, permitía matizar posiciones, o conocer otras dimensiones del quehacer feminista no expresadas en las intervenciones de las plenarias.

Allí estuvo también la "cueva de la salud", con sus "mujeres sanadoras" desatando los nudos del feminismo inscritos, literalmente, en los cuerpos de las participantes.

Y al caer el sol, por aquí y por allá, se asomaron al Encuentro, otras expresiones artísticas de mujeres feministas. Por ahí una podía encontrarse con fotos, diapos o videos proyectados en pequeña concurrencia. O con lanzamientos de libros. O con obras de teatro. O con poetas y cantantes. Al caer el sol, estaba también la fiesta. Mujeres bailando, con sus cuerpos al fin puestos en la escena. Los propios imaginarios transformándose en la experiencia de bailar en una multitud de mujeres, al son de una música también interpretada por mujeres.

Cabe preguntarse: ¿por qué todo esto tiene que ocurrir al final del día y de una manera tan separada del "debate político"? ¿Por qué el "debate político" (en un sentido tan restringido del término y en formas tan convencionales) es algo que supuestamente debe involucrarnos a todas y en

cambio, las prácticas vinculadas a lo artístico, lo corporal, la espiritualidad, son solo para "las que les interesan esas cosas"? ¿De donde proviene esa jerarquización de los lenguajes, las temáticas y las prácticas político-culturales?

"Esto es un *t'inku",* me dijeron entremedio de los tensos debates, Julieta Paredes y María Galindo de "Mujeres Creando" (colectivo de feministas anarquistas de Bolivia). El *t'inku,* me contaron, es una práctica tradicional aymara —aún vigente— que consiste en la creación de un espacio para la confrontación y el conflicto entre comunidades. Allí se ventilan todos los asuntos pendientes —discusiones en torno a límites, abusos, faltas a la ética, engaños amorosos, etc. La lucha es con todo. Saldadas las cuentas, cada comunidad retorna a su lugar.

En otra ocasión volverán a reunirse en torno al *aptapi* —una merienda integradora donde cada cual trae para compartir lo mejor de sus productos. ¿Podremos reunirnos, una próxima vez, feministas de todos los pelajes, en un *aptapi?* No se ve fácil, en lo inmediato. El VII Encuentro parece haber reafirmado las previas pertenencias (y despertenencias). Y la dificultad (casi imposibilidad) del diálogo. En todo caso, quedó planteada la cita para 1999 en República Dominicana. En una de esas, con más agua todavía corrida bajo nuestros feminismos latinoamericanos y del Caribe, nos atrevemos a hacer un *aptapi*.

DESDE LA FRONTERA*

En el feminismo (quizás en los movimientos sociales en general), la palabra autonomía suele ser un nudo que separa aguas, tensa el aire, torna casi imposible el debate entre las distintas posiciones. El foco de tensión parece estar en el tipo de relación que se desea establecer (o no) con las instituciones (sobre todo ciertas instituciones como el Estado, las ONG, los organismos internacionales). La pregunta siempre abierta apunta a la manera en que un proyecto de cambio cultural, como el que sostiene el feminismo, puede llegar a realizarse. O algo así como ¿qué tipo de relación debe tener con las instituciones, un "actor" que se quiere transformador de la cultura?

Ciertamente, el tema de la autonomía es mucho más amplio y está presente en muchos otros contextos. Desde los más cotidianos hasta los más globales. Cabe preguntarse entonces ¿cómo se viven los procesos de autonomía (y pertenencia) en distintos ámbitos y niveles (la familia, los trabajos, los credos religiosos, las instituciones eclesiásticas, las comunidades y búsquedas espirituales de toda índole, las agrupaciones políticas, partidos políticos, movimientos, las nacionalidades, etc., etc.? ¿En qué medida nuestras distintas pertenencias producen lealtades que limitan nuestra autonomía? Y, en otro orden de cosas, ¿cómo se transforman los sentidos y las posibilidades de la autonomía en el actual contexto globalizado?

A poco andar, en el proceso de formulación de estas preguntas, empieza a tornarse recurrente el tema (quizás la imagen) de los límites. Pareciera ser que más que "afuera" o "adentro" (de las instituciones) solemos deambular por sus límites, sus fronteras (que para nada son del todo claras, ni estables). La pregunta que habría que hacerse, entonces, es ¿cómo se vive en la frontera (de las instituciones, las ideologías, los credos religiosos, las nacionalidades, las identidades genérico/sexuales, etc.)? Y ¿no podría la "frontera" ser un lugar político donde habitar cuando se desea, aún, en algún sentido, "cambiar el mundo"?

---

* Tomado de la editorial de *Con-spirando* 20 (1997), *Autonomías y pertenencias: ¿donde ponemos los límites?*

Elena Águila

AUTONOMÍA, ESA PALABRA*

La palabra *autonomía* viene de los vocablos griegos, *autos* (uno/a mismo/a) y *nomos* (ley); literalmente, entonces, significa "ser uno/a mismo/a su propia ley". Su opuesto sería *heteronomía* (la ley de otro): "estar sujeto/a a la ley de otro". Por ahí un diccionario define la autonomía como "condición del individuo que de nadie depende en ciertos conceptos".

¿Qué significa entonces ser autónoma? ¿Qué queremos decir cuando afirmamos la autonomía de los movimientos sociales, por ejemplo, "la autonomía del movimiento feminista"? ¿De qué se está hablando cuando se reivindica "la autonomía de los pueblos indígenas"?

En cada caso, pareciera ser que aludimos a una capacidad (y a un deseo) de autogobierno, de independencia. En cada caso, también, pareciera ser que la autonomía no es una condición dada. Se trata más bien de algo susceptible de perderse. Algo de lo que se puede carecer, parcial o totalmente.

Los límites de la autonomía

El concepto de "autonomía" nos envía al tema de los límites. La capacidad de autogobierno, de fijar las propias leyes, ya se trate de un individuo, un movimiento o un pueblo, pareciera ser algo siempre en proceso, ya sea de expansión o de "contracción". Siempre hay un/a otro/a cuya ley podría imponerse por sobre la propia ley. Un/a otro/a que puede poner límites a nuestra autonomía.

En el plano individual, el/la "otro/a" puede ser el padre, la madre, la pareja, los hijos. O el "otro" puede ser simplemente la cultura en que se vive cuyas leyes son anteriores a una misma y hay que ver cómo regulan las cotidianas existencias. En el caso de un movimiento social, el "otro",

---

* Tomado de *Con-spirando* 20 (1997), *Autonomías y pertenencias: ¿donde ponemos los límites?*

puede ser "los partidos políticos", el Estado u otras instituciones que se inmiscuyan en la dinámica del movimiento, limitando su capacidad de autodirigirse y autodefinirse. A nivel de una comunidad o pueblo, el "otro" cuya ley puede imponerse por sobre la "propia", toma la forma de un país colonizador.

Por otra parte, en estos tiempos "globalizados", cabe preguntarse en qué sentido se puede ser autónomo (como individuos, movimiento o pueblo). Y, en otro plano, toda autonomía encuentra límite en la pertenencia a un ecosistema. Toda forma de vida existe en una compleja red de interrelaciones. ¿En qué sentido se puede ser autónoma/o en ese contexto?

La autonomía como valor

Cabe preguntarse también en qué momento de la historia, y en qué ámbitos, la autonomía se convierte en un valor. Pareciera ser que como comunidades o pueblos, desde muy antiguo, comienza a constituirse un sentido de pertenencia cuya definición depende de un distinguirse de "otros" (pueblos o comunidades) respecto de los cuales se busca ser autónomo (se habla, entonces, de autonomía cultural, económica y política). Y esa historia sigue contándose hasta hoy en día en que, al igual que en muchos momentos, la búsqueda de esa autonomía puede tomar formas de extrema violencia. Pensemos en todas las guerras de independencia, en las disputas fronterizas, etc. En cada caso, lo que está en juego es una definición de identidad, una afirmación de "yo soy (algo distinto de ese otro con quien entro en conflicto)", "yo llego hasta aquí (y dentro de estos límites quiero regirme por mi propia ley)". La autonomía se (con)funde entonces, con la demarcación de una identidad.

¿Y cómo se da eso en el plano de la individualidad? La autonomía como algo deseable (o siquiera concebible) a nivel individual pareciera tener una historia mucho más corta. Podría decirse que es a partir de la Ilustración que comienza a desarrollarse la idea del ser humano como un sujeto capaz de autogobernarse, capacidad cuyo fundamento se ubicaría en su "razón". El concepto mismo de "individuo" adquiere sentido recién en este momento. Buena parte de las luchas feministas han estado orientadas precisamente a lograr que las mujeres sean reconocidas como individuas, dotadas por tanto, al igual que los hombres, de capacidad de "gobernarse a sí mismas".

La tradición judeocristiana, por su parte, ha hecho un esfuerzo por conciliar la heteromomía (el ser humano sujeto a la ley de Dios) con la autonomía (el ser humano es libre de elegir acatar esa ley). Cuáles son los

límites de la autonomía personal en este contexto es un asunto que ha dado lugar a muchas discusiones dentro de la tradición cristiana.

La autonomía de los movimientos sociales

Por otra parte, y quizás con una historia aún más corta que la de la autonomía individual, aparece la discusión en torno a la autonomía de los movimientos sociales. Podríamos decir que lo que está en discusión aquí es la posibilidad de constitución de un sujeto (un actor) colectivo, definido por una cierta identidad común (de género, de extracción social, de pertenencia a una generación, etc.), que persigue algún fin también común (por lo general, cambios, más o menos radicales o parciales, en la sociedad, en la cultura).

Como ya lo vimos en relación a los pueblos, se imbrican aquí procesos de constitución de identidad con el asunto de la autonomía. La posibilidad de perfilar en el mundo público un actor (movimiento) social pasa, entre muchos otros procesos, por delimitar un campo de autonomía, esto es un espacio de autogobierno. La historia del presente siglo muestra cuán difícil es esto para cualquier movimiento social, dada su permanente (y quizás necesaria) interrelación con otras instancias (partidos políticos, gobiernos, entidades de ayuda económica, etc.). Al parecer toda (inter)relación conlleva un límite para la propia autonomía.

Después de todo, como decíamos al principio, la autonomía se define siempre en relación a un/a otro/a respecto de cuya ley se desea permanecer independiente. Sin referencia a un/a otro/a, no tiene mayor sentido hablar de autonomía. Es claro que aun cuando en muchas ocasiones los procesos de autonomía se entremezclan con procesos de "separatismo" (que pueden conducir a ciertos grado de aislamiento), la autonomía no es sinónimo de soledad.

AUTONOMÍA: ESE OSCURO OBJETO DEL DESEO (feminista)*

En el movimiento feminista el tema de la autonomía siempre ha estado presente. Desde el principio ha sido más que un tema, un nudo.

("Los "nudos" se pueden deshacer siguiendo la inversa trayectoria, cuidadosamente, con un compromiso de dedos, uñas o lo que se prefiera, con el "hilo" que hay detrás, para detectar su tamaño y su sentido. O bien, los nudos se pueden cortar con prisas de cuchillos o de espadas para ganarse por completo y de inmediato el imperio de las cosas en disputa", decía Julieta Kirkwood, quien claramente optó por escribir con dedos y uñas, antes que con espadas o cuchillos. Intento aprender el oficio de des-anudadora).

Los partidos políticos

Primero fueron los partidos políticos. La doble militancia sí, la doble militancia, no. ¿Se puede ser feminista y militante de algún partido? ¿A quién otorgarás mayor "fidelidad"? ¿Al partido o al movimiento? ¿Cómo salvaguardar la autonomía del movimiento feminista de los afanes de control que tradicionalmente han manifestado los partidos (en su relación, por ejemplo, con los movimientos sindical, estudiantil o poblacional)? "Las políticas", "las feministas", se decía (aludiendo con el primer calificativo a las militantes de partidos, como si las segundas no fueran, también "políticas").

Los partidos en cuestión, eran, claro, los de izquierda. Entonces el rollo (que no es lo mismo que el nudo, pero para el caso es igual) se traducía en tratar de hacer la síntesis entre marxismo y feminismo (¡uf!). El feminismo, para las que venían de una tradición marxista, no se bastaba a sí mismo como teoría y práctica política. Así es que vamos desempolvando *La familia,*

* Tomado de *Con-spirando* 20 (1997), *Autonomías y pertenencias: ¿donde ponemos los límites?*

la propiedad y el Estado y a ver si citando al viejo Engels, los "compañeros" aceptan los aportes del feminismo a las ideas socialistas.

Lo que más de una vez ocurrió es que al reunirse mujeres militantes de un partido de izquierda con el propósito de ver cómo le hacían para incorporar un poco (o mucho, según fuera su grado de entusiasmo o ingenuidad) de feminismo a su respectiva colectividad, se produjera una casi involuntaria "desviación" a la "autoconciencia" que hacía progresivamente insostenible la mentada "doble militancia".

Pero otras siguieron "adentro". Hasta el día de hoy. Y ocupan cargos más o menos altos (o bajos) en las distintas esferas de lo político institucional.

Las "agencias", las ONG, el Estado, los organismos internacionales

Otro lugar donde reaparece el nudo (y hay que ver cómo aprieta) ha sido en la relación con las "agencias" (organizaciones e instituciones de variada índole, siempre del "norte") que financian los proyectos, los grupos, las iniciativas, las redes (del "sur").

¿Se puede recibir financiamiento y conservar la autonomía en la decisión de qué es lo que se quiere hacer y con quiénes? ¿No imponen las "agencias", por la vía del poder que da el disponer de los recursos económicos, sus visiones políticas, sus agendas, sus definiciones de qué es lo prioritario, su comprensión de "lo que hay que hacer"?

Como las que reciben estos financiamientos son las así llamadas Organizaciones No Gubernamentales (ONG), son estos espacios los que perderían la tan apreciada autonomía. Por lo tanto llega un minuto en que también se torna necesario, para algunas, que el movimiento se distinga de las ONG y cautele su autonomía en relación a estas (¿la autonomía como un juego de "cajas chinas", abres una y siempre aparece otra y otra y otra?).

Por otra parte, si resulta que "las agencias" deciden que tu país no es prioridad porque "ya pasó lo peor" (léase la dictadura) y los índices macroeconómicos están de lo mejor, y el Estado ahora es democrático, entonces, vamos trabajando con/para el gobierno y de nuevo la autonomía tambalea y aparece el fantasma de la cooptación. ¿Autonomía vs cooptación? ¿Hay algo entremedio? ¿Hay solo cooptación cada vez que algo del discurso feminista es "tomado en cuenta", "acogido" por alguna institución (léase Gobierno, Parlamento, medios)? ¿Algo así como que cada vez que nos va bien, en realidad nos va mal?

Y luego el tema de la autonomía reaparece, esta vez en relación con los organismos internacionales. ¿Qué pasa cuando la ONU convoca a una

Conferencia Internacional de la Mujer? ¿Se trata de un éxito del movimiento feminista a nivel mundial? ¿Es que los gobiernos de los países del mundo han escuchado, por fin, los planteamientos del movimiento de mujeres? ¿O se trata más bien de que un organismo internacional impone su agenda al movimiento de mujeres (y no viceversa)? ¿Ni lo uno ni lo otro sino algo entremedio?

El largo y sinuoso camino de la autonomía personal

Pero, quizás, más atrás aún que cualquier nudo están aquellos (a veces en el estómago) vinculados a la autonomía personal. Cada una con sus infinitas dependencias milenariamente cultivadas. Dependencias familiares, amorosas, ideológicas. Apegos, pertenencias, lealtades.

¿No se juegan acaso, diariamente, en nuestras vidas cotidianas, múltiples autonomías posibles? ¿Qué capacidad real de autogobierno tenemos en relación a nuestros trabajos, a nuestros cuerpos, al manejo de los recursos que necesitamos para vivir? ¿Qué grado de independencia tenemos para definir si queremos formar una familia y qué tipo de familia? ¿Cuán autónomas somos a la hora de expresar nuestras apreciaciones respecto a la belleza de nosotras y de las/os otras/os? ¿Cuán desde "nosotras mismas" definimos experiencias como nuestros partos, nuestra erótica, el cuidado de nuestra salud, nuestras creencias religiosas, nuestros rituales de nacimiento y muerte, o el tipo de relaciones que establecemos con nuestro entorno? ¿Cuán autónomas son nuestras éticas y estéticas, nuestras concepciones de mundo, nuestras visiones políticas? ¿Cómo podemos acrecentar nuestra autonomía no solo de las instituciones que hasta ahora nos han preocupado (los partidos políticos, las ONG, los gobiernos, la agencias, los organismos internacionales) sino también de aquellas que regulan la vida de todos los días? Y quizás antes de eso habría que preguntarse ¿podemos?

Para poder ejercer algún grado de autonomía, en cualquier ámbito, es imprescindible haber constituido un núcleo de identidad, un sentido de individualidad. No me parece que la cultura incentive ese sentido en las mujeres; por el contrario creo que más bien, lo inhibe. Las mujeres somos permanentemente invitadas a acoger dentro de nuestro sentido del "yo" a otros (hijos, amados, animales heridos, la naturaleza amenazada por el hombre, etc.). Es toda una "mutación cultural" el hecho de que las mujeres afirmen individualidad. ¿Nos toca, entonces, ser "mujeres mutantes"?

Y todo esto, claro, en el contexto de estar viviendo un tiempo de crisis de las identidades de todo tipo, desplazamiento e incertidumbre de los límites, de las pertenencias, cuestionamiento incluso del concepto mismo

de identidad. En buena hora se nos vino a ocurrir ser sujetos; dar curso al escuro deseo de la autonomía. ¿Llegamos tarde a la fiesta?

Casa de los Colores

IV

DESTELLOS UTÓPICOS

Habrá que constatar lo irrecuperable y, en una misma operación, tantear lo reciclable. Si algunos mitos de emancipación o desarrollo parecen haber estallado en mil pedazos, tanto en América Latina como en otras regiones, de esos mitos siempre habrá retazos, esquirlas y jirones que proveen parte de la materia prima para elaborar nuevos proyectos colectivos.

Martín Hopenhayn

Ni apocalípticos ni integrados (1994)

¿DÓNDE ESTAMOS AHORA?*

Caída del muro, globalización (¿del neoliberalismo? ¿de la economía/cultura de mercado?), irrupción de los "post" (¿posmodernismo? ¿posfeminismo?), revolución cibernética, crisis de paradigmas, anuncios del fin de la historia, caída de los grandes relatos y muerte de las utopías.

En este contexto, tan gruesamente descrito, ¿cuáles han sido los desplazamientos que hemos experimentado en nuestra forma de entender y hacer política? Uso la palabra "política" para nombrar una cierta práctica con "sentido social", una cierta práctica que aspira a "cambiar el mundo".

Quisiera hacer un repaso: ¿en qué lugares hemos participado/militado (partidos, movimientos, agrupaciones, comunidades, grupos, colectivos)? Y ¿cuáles son hoy las esferas, los ámbitos en los que realizamos nuestra acción política? ¿Cuáles han sido nuestros referentes ideológicos, filosóficos, políticos, culturales? Y... ¿donde estamos ahora? ¿Hacia donde nos hemos desplazado? ¿Cómo han ocurrido estos desplazamientos? ¿Qué hemos dejado atrás? ¿Qué continuamos? ¿Cuáles son los "nudos" que hemos enfrentado en estos desplazamientos? ¿Cuáles las contradicciones, las tensiones, las impotencias?

Y la pregunta del millón: ¿todavía pensamos cambiar el mundo? ¿Cómo? ¿O es que eso ya pasó de moda?

* Tomado de la editorial de *Con-spirando* 18 (1996), *¿Cambiar el mundo?: nudos, desplazamientos*.

Elena Águila

LA CORRIENTE SUBMARINA*

Viví la UP (los tres años del gobierno de Allende) entre los 11 y los 14 años, en una familia de izquierda. Vivíamos en Punta Arenas, zona austral de Chile, en esos años. Desde ahí vi pasar el gran sueño de una revolución posible (con empanadas y vino tinto). Amé ese sueño. El golpe militar del año 73 significó para mí la cancelación total de ese sueño. Me hice jipi. Ropas amplias, zapatos bajos, amistades y amores de adolescente intensidad, un poco de marihuana, rock argentino. Así llegué a la universidad. A la mítica Universidad de Concepción, a esas alturas, 1977, totalmente desmitificada (más bien militarizada). Así anduve los primeros años universitarios. Hacia el final ingresé a un partido de izquierda (en ese entonces clandestino, después, transición mediante, en el gobierno). Milité seis años, mi último año de universidad y mis cinco primeros años de vida laboral. Trabajaba de profesora en esos años. Profesora de liceo, de Castellanos y filosofía. Entremedio, fue colándose en mi vida el feminismo. Lo último que hice dentro del partido aquel en el que militaba fue participar en la elaboración de un documento que buscaba convencerlo de la importancia de incorporar la perspectiva feminista a su propuesta política. A poco andar y sin mucho aspaviento, me retiré.

Descubrí que mi feminismo no necesitaba de un partido político para crecer y multiplicarse. De ahí en adelante he circulado por diferentes colectivos, talleres, grupos varios y diversos en sus temáticas y estilos. He andado sola también, al mismo tiempo. O con mi comadre. O algunas amigas. Lo personal es político y por ahí vamos.

Ahora, miro para atrás y me pregunto: ¿cómo he entendido el sentido del quehacer político en cada uno de estos desplazamientos?

Veo que la UP y la militancia en un partido político de izquierda tenían que ver con la lógica de alcanzar el gobierno del Estado, entendido

* Tomado de *Con-spirando* 18 (1996), *¿Cambiar el mundo?: nudos, desplazamientos*.

este como un lugar central del Poder desde donde se podía "cambiar el mundo". Eso fue lo que creí en la UP y cuando milité durante la dictadura. La lógica que había en los partidos de izquierda era esa: tenemos que volver al Gobierno. En cambio, desde el feminismo y el jipismo (tal como yo me los he vivido e inventado) el énfasis estaba puesto en la transformación de la propia vida.

De los jipis a mí me vino esa idea de que más importante que tomarse el Gobierno, cosa a la que los jipis jamás aspiraron, era vivir la vida de manera distinta e ir, de esta manera, desatando un cambio cultural. Todo esto tenía que ver con una actitud de rechazo a las formalidades, se expresaba en una manera de vestir "alternativa", en el rechazo a las jerarquías, al autoritarismo. La onda colorinche. Fantasías de formas de vida en comunidad (las camas en el suelo, cortinas de colores). El amor libre. Yo no creía que esa forma de vida tuviera, necesariamente, que acabarse con la vida universitaria. Que fuera una etapa intermedia entre la casa paterna y la casa conyugal que una formaría después. Todavía no lo creo.

Y es desde esa vertiente jipi que el feminismo me hizo sentido. Porque una puede ser feminista de muchas maneras. Se puede ser feminista y estar interesada en los cambios a nivel de las políticas públicas, las leyes, etc. Pero ese no fue el feminismo que a mí me conmovió la existencia. Así también me ha interesado la ecología, como propuesta de cambio de la forma de vivir la cotidianeidad.

En todo esto, la amistad entre mujeres ha sido una experiencia de primer orden que luego, desde el feminismo, adquirió un sentido político. También la idea de instalar pequeños espacios de mujeres, una suerte de talleres de creación multimedia. La Casa de los Colores, uno de los espacios en que me muevo, por ejemplo, antes que nada recoge, nombra, la experiencia de ser un grupo de amigas. El feminismo luego le dio un valor político a esos vínculos.

Hoy por hoy me pregunto: si una deja de tener como referente el Estado y el Gobierno y las instituciones que lo rodean (los partidos, el parlamento, los municipios incluso, que podrían ser más locales) como lugar principal de la política; si una no quiere actuar políticamente en esos espacios ¿cuáles son los otros espacios de la acción política? (¿existen?). Tentativamente hemos empezado a hablar con algunas amigas de la "corriente submarina". Sí, creo que, de un tiempo a esta parte, mi actuar político es submarino. Se me ocurre que en la "corriente submarina" podemos, por ejemplo, participar en redes de producción y consumo alternativas, buscar diversas formas de microorganización de nuestra economía al margen de los grandes circuitos macroeconómicos; hacer huertas en los patios o en los maceteros

de nuestras ventanas; inventar ropa colorida, cómoda, sensual, para la diversidad de nuestros cuerpos; "comprar juntas" directamente a pequeñas productoras; reciclar la basura que producimos; crear prensa alternativa; hacer teatro, escribir, pintar; bailar; hacer fotos; andar en bicicleta; ensayar otros modos de relación; desordenar las casas, las vidas. En fin, crear otra cultura... de un día por vez. Me gusta pensar que podemos ir creando con nuestras propias vidas, ciertas referencias culturales de nuevo tipo.

Tiendo a llamar a esto una práctica política de producción cultural. Y como dice mi amiga Carmen Durán, esta producción cultural no tiene que necesariamente alcanzar una amplia difusión o un reconocimiento inmediato, o producir un gran impacto, hoy. Lo importante es que se produzca y esté a disposición, en los ríos profundos de la cultura, de quienes puedan/quieran/necesiten apreciarla, de quienes puedan/quieran/necesiten usarla como referencia, alguna vez, hoy o mañana, o el próximo siglo.

¿Cambiará así el sistema?

¿Se derrumbará el patriarcado?

¿Podremos detener el ecocidio en curso?

No sé. Sinceramente, no lo sé. A estas alturas, creo que la vida de la tierra, humana y no humana, tiene una complejidad tal, que no me siento capaz de predecir su desenvolvimiento. Pero creo que es en esta incertidumbre que tenemos que hacer lo que tenemos que hacer, lo que inevitablemente siempre hacemos: cultura. Creo que hay zonas invisibles, corrientes submarinas, desde donde también se hace la cultura. Ahí me quiero mover. Con otras y otros que también se mueven en esas aguas. Rompiendo inercias, esa tendencia a repetir lo conocido. Ensayando gestos fuera de programa.

NUEVAS ECONOMÍAS*

La economía es demasiado importante como para dejarla en manos de los "especialistas". A fin de cuentas, se trata de cómo nos organizamos para vivir la vida. Cómo le hacemos para satisfacer nuestras necesidades humanas; y que para todas/os alcance, también para las/os que vendrán.

Insertas en un contexto de desigualdades de toda índole (sociales, de género, intergeneracionales y, por qué no decirlo, interespecies) nos preguntamos por modos de vida más justos. También más libres y felices.

Nos encontramos, entonces, con miradas críticas y propositivas a la vez. Eso nos da ánimo. Miradas que nos enseñan a distinguir entre desarrollo y crecimiento económico. No son lo mismo, dicen.

Nos encontramos también con ideas, prácticas, delirios (destellos) utópicos, creatividad cotidiana ejerciéndose en los puntos de fuga de la racionalidad capitalista, en los microespacios de las relaciones familiares, vecinales y comunitarias. En huertos y ecoaldeas. Actividad económica invisible que no aparece en esa sección del periódico que solo leen los "hombres de negocio". Nos encontramos, en definitiva, con una invitación a transitar "pequeños caminos": politizar el consumo, acrecentar los espacios de autosostenimiento, hacer de la propia vida una experiencia piloto de lo que está por venir, de lo que queremos que venga.

¿Nuevas economías? Tal vez no sea nada más, ni nada menos, que una mezcla creativa de lo tradicional con 1o nuevo que haga posible habitar una sociedad del buen vivir, solidaria, a escala humana.

* Editorial de *Con-spirando* 11 (1995), *Nuevas economías*.

Elena Águila

LA ECONOMÍA INVISIBLE: ACERCA DE LA HUERTA DE MIS ABUELOS Y OTROS EJEMPLOS*

Quisiera poder mirar aquello que no se ve desde la Economía que solo reconoce como acontecimientos económicos los hechos que calzan con determinados conceptos y categorías; grandes abstracciones, que como todas las grandes abstracciones tornan invisibles a una buena parte de la humanidad. Quisiera mirar las zonas de sombra de esa Economía que llama "sector pasivo", "improductivo", "pobres", "inactivos", "desempleados" a vastos sectores, invisibilizando así la participación de hombres y mujeres en innumerables micro procesos de producción, distribución y consumo.

Busco apartarme, entonces, de una Economía que invisibiliza, en tanto hecho económico, los zapallos italianos plantados y cosechados por mi abuelo de 85 años, en Tierra del Fuego; y el "valor agregado" que le incorpora a este "recurso" mi abuela, al prepararlos bajo la forma de "zapallitos rellenos"; y toda la producción de las huertas de los/as vecinos/as de mis abuelos, en esas tierras australes; y toda la ropa (interior y exterior) confeccionada por mi amiga Carmen, que he usado en estos años; y el trabajo de todas las mujeres que nos criaron. No están contabilizados en el Producto Nacional Bruto; no forman parte de los índices de crecimiento económico del país. ¿Por qué? Porque no pusieron productos en el mercado; porque no recibieron dinero por su trabajo; no incrementaron el índice de exportaciones. Toda esta actividad económica tuvo lugar en el ámbito doméstico de la subsistencia, en los circuitos de las donaciones, los regalos, el trueque.

Me pregunto: en todo el quehacer ligado a la "economía doméstica" o a la "economía de subsistencia" ¿debemos ver solo "atraso", "subdesarrollo", "pobreza"? ¿Debe ser nuestra única aspiración ingresar a la economía visible, esto es, insertarnos en el mercado, ya sea como productores de

* Publicado en *Con-spirando* 11 (1995), *Nuevas economías*.

bienes o servicios, o consumidores y fabricantes de basura? (no olvidemos que contrariamente a lo expresado en los libros de economía, el último eslabón en el proceso económico no es el consumo sino la generación de desperdicio). ¿Esa es la idea de "progreso" o "desarrollo" que debe alentarnos? ¿Es esa la única idea de desarrollo y progreso posible? Cuando hablamos de superar la pobreza, cuando exigimos a los gobiernos, políticas específicas para la "superación de la pobreza" ¿en qué estamos pensando?

Una economía de solidaridad

¿Qué ocurre si agrupo bajo la denominación de "economía de solidaridad" (asumiendo el riesgo de homogeneizar demasiado y muy rápido) a innumerables prácticas económicas, algunas más invisibles que otras, que funcionan fuera o en las orillas del mercado? Re-significo, así, una multiplicidad de pequeños emprendimientos, microempresas familiares, talleres productivos, cooperativas de trabajo o consumo, empresas de autogestión, trabajo por cuenta propia. También la economía doméstica, la economía campesina de subsistencia y algunas formas que aún perviven de economías de pueblos originarios adquieren un nuevo sentido. Se trata de emprendimientos económicos que funcionan en relaciones de cooperación (y no de competencia o explotación), utilizando como principales recursos la capacidad de trabajo y la creatividad disponible, la infraestructura doméstica, las relaciones de familia o vecindad (y no el capital). Economía de subsistencia, pero que también se inserta, "a su manera", en el mercado, a la vez que busca participar del flujo de bienes y servicios que se canalizan fuera del mercado, bajo la forma de ayuda social y solidaridad.

Se trata de una zona de la realidad económica en la que predomina la gestión colectiva y donde los vínculos entre producción, distribución y consumo no siempre están mediatizados por intercambios monetarios. Productores y consumidores están integrados, a menudo, en una misma unidad económica. Necesidades de diversos tipos (materiales, culturales, espirituales) se atienden durante el desarrollo mismo de la actividad económica. Objetivos y medios se entrelazan; a veces, no se distinguen. Beneficios y costos se articulan de una manera especial. El concepto de eficiencia adquiere connotaciones distintas a las que posee en la economía mercantil-monetaria. En esta economía no todos los objetivos y medios se expresan en valores monetarios. Recursos humanos y materiales que la economía del capital desecha, encuentran aquí vida útil.

La invisible economía de la solidaridad se me aparece, entonces, como una búsqueda de solución a las situaciones de carencia económica desde

una lógica distinta, tanto a la de la economía regulada desde el Estado, como a la del gran capital. Se trata aquí de una lógica de autodesarrollo, de incremento del control sobre las propias condiciones materiales, sociales y culturales de vida: redistribución social del poder a través del gesto de abandonar, tanto la lógica de la demanda y el comportamiento puramente reivindicativo (que te sitúa siempre en el lugar de la víctima, lugar de subordinación, infinita espera e impotencia), como la lógica de la competencia y la explotación de los demás.

¿Una opción político-cultural?

¿Qué pasa si nos situamos en una perspectiva que le reconoce derecho y sentido de existencia a la economía de solidaridad, distanciándonos, así, de quienes la ven, cuando la ven, como un sector a "modernizar", entendiendo por esto buscar su integración eficiente al sistema capitalista de relaciones económicas? ¿Acaso no es posible postular la existencia de un "tercer sector", distinto de la economía de mercado y también de la gestión económica estatal? Un sector que establece variados tipos de relaciones con estas otras economías, pero que es portador de una racionalidad económica/cultural distinta. Un "tercer sector" al que muchos han llegado por necesidad, pero al que se podría llegar también por opción, en la medida en que se configura una zona de la realidad social que actualiza valores de solidaridad, autonomía, comunidad, formas de vida a escala humana, desarrollo de las propias capacidades, creatividad personal y colectiva, etc. La "economía de solidaridad" emergería así no solo como un conjunto de quehaceres ligados a la subsistencia en condiciones de precariedad material, sino como una alternativa de acción político-cultural.

Desde esta opción político–cultural no se buscaría imponer a (o siquiera proponer para) la sociedad toda, un modelo considerado ideal según el cual se está ya funcionando (alternativo, solidario, no capitalista). No se buscaría convertir la sociedad en una gran cooperativa, o postular que se debe realizar toda la economía socialmente necesaria mediante microempresas autogestionadas u otras formas económicas afines. Tampoco se funcionaría con la lógica de la acumulación de fuerza y poder con el propósito de imponer un determinado proyecto de sociedad. Se trataría, mas bien, "de un tipo de acción… que realiza su objetivo transformador en y por el acto mismo de ser y actuar de otro modo, por el hecho de aportar a la sociedad su especial novedad. Un modo de hacer la transformación que cumple su objetivo, lo va cumpliendo, ya en el presente, porque el objetivo es generar una tendencia, un proceso de innovación y democratización de

la solidaridad" (Razeto, 1990, 123). Desde esta opción político-cultural, no se perseguiría, entonces, la conquista del poder; al contrario, parte del objetivo de esta acción transformadora consistiría en disolver los poderes concentrados, distribuir el poder socialmente, no por medio de alguna acción destructiva o de fuerza sino por el desarrollo de las capacidades locales de autocontrol.

Afirmar el derecho y sentido de existencia de la economía de solidaridad significa, entonces, abordar los temas del desarrollo desde una perspectiva que no confía en el "chorreo" del crecimiento económico regulado por el mercado ni espera de la intervención reguladora de los poderes públicos, la solución a las desigualdades sociales. No se descartan, en todo caso, los aportes que algunos agentes insertos en la economía de mercado pudieran hacer al desarrollo, ni tampoco la necesidad de una intervención reguladora estatal. Lo que se postula es una posible coexistencia en la sociedad de modos diversos de organizar la economía (¿economías pluralistas?).

La particularidad de este enfoque, o debo decir de esta opción político-cultural, radica en que le otorga un lugar de importancia dentro del desarrollo a la creatividad organizada en los microespacios de la vida cotidiana. Cree en la capacidad de las personas de emprender proyectos personales, familiares, comunitarios y locales autónomos de desarrollo, en una lógica distinta a la de la aspiración a transformarse en empresarios capitalistas exitosos o en trabajadores asalariados bien pagados. Aspira a que los sectores considerados "pobres", "marginales", "subdesarrollados", "atrasados", dejen de ser objeto de políticas asistenciales, o incluso de desarrollo, para pasar a ser reconocidos como sujetos de su propio desarrollo (¿"desarrollo a escala humana?").

Preguntas sin fin

No ignoro las múltiples interrogantes que este enfoque puede suscitar. Quisiera anotar tan solo algunas. ¿Tiene posibilidades reales de desarrollarse un sector de economía solidaria en el contexto de un mercado crecientemente internacionalizado, de grandes innovaciones tecnológicas y altamente competitivo? ¿Puede esta economía de solidaridad afirmar su existencia ligándose a mercados locales o deberá subordinarse a grandes empresas para las que produzca o comercialice? (esta pregunta no es de poca importancia en relación al tema de la posibilidad de que la economía de la solidaridad conserve sus elementos de identidad); y en un nivel más amplio: la expansión de la economía de la solidaridad ¿constituye efectivamente un aporte significativo a los grandes y variados problemas

que enfrentan las economías (las sociedades) contemporáneas? ¿Cuál sería la articulación deseable (y posible) entre la economía solidaria, la economía de mercado, y la economía estatal? ¿Pueden coexistir social, política y culturalmente las distintas racionalidades que sostienen cada una de estas economías? Y yendo más lejos aún, la ineludible pregunta respecto a si esta multiplicidad de prácticas socio-económicas son o no portadoras de semillas de cambio. Constato la mirada crítica de quienes señalan que estas experiencias pueden significar un reforzamiento del capitalismo o de los roles tradicionales de género (X. Díaz, 1990), un paliativo frente a la crisis global del sistema (capitalista-patriarcal), una desviación de los esfuerzos liberadores del pueblo, una falsa esperanza.

Imposibilitada de responder a estas preguntas y críticas (y no solo por falta de espacio) me limito a señalar: la evaluación de estas experiencias no puede hacerse desde criterios económicos o políticos tradicionales. Para visualizar sus logros debemos situarnos en su lógica interna de funcionamiento, su racionalidad. Aprehender sus criterios de eficiencia, redefinir nuestras ideas de "progreso", "desarrollo", "éxito económico". Debemos complejizar nuestra comprensión de las necesidades humanas que están siendo atendidas (o no) en todo proceso económico. No debemos evaluar con una lógica de rentabilización del capital invertido. La eficiencia de este sector de la economía se mide más bien por la medida en que el trabajo invertido contribuye a mejorar la calidad de vida de las personas involucradas, que por cuales fueron las utilidades alcanzadas por el capital invertido: es otra lógica.

LECTURAS que alentaron esta manera de pensar

Defourny, Jacques. "Orígenes, contextos y funciones de un tercer gran sector", *Revista de Economía* & *Trabajo* 3 (1994): 5-27.

Díaz, Ximena. *Talleres productivos de mujeres. De la organización social la microempresa*. Santiago: CEM, 1990.

Razeto, Luis. *Economía popular de solidaridad. Identidad y proyecto en una visión integradora*. Santiago: PET-Área Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile, 1990 (1986).

---"Sobre el futuro de los talleres y microempresas". *Revista de Economía* & *Trabajo 3*(1994): 49-75.

---*Las donaciones y la economía de la solidaridad*. Santiago: PET, 1994.

---*Critica de la economía, mercado democrático* y *crecimiento*. Santiago: PET, 1994.

---*De la economía popular a la economía de solidaridad en un proyecto de desarrollo alternativo*. Santiago: PET, 1993.

CUERPOS EN LA CIUDAD DE LOS COLORES*

Carmen Durán

Tras un alto y deslavado muro, en una amplia avenida en el centro de Puerto Oscuro, pueden verse árboles y enredaderas que escapan hacia la calle. Un pesado portón cierra el paso. Desde fuera parece un sitio eriazo, dice alguna. Y adentro te recibe la casa de los colores.

Habitada por amigas varias y surtidas, visitada, recorrida, esta casa cuenta historias de varias décadas. Ladrillos a la entrada y pinturas que chorrean las paredes. Por su pequeño y frondoso jardín, en plácidas tardes de verano, caminan bellas desnudas. Y en el techo del taller se tejen planes comiendo papayas.

Abrazos y besos, furtivos y no tanto. Caricias confiadas, amores fecundos.

Ajenas al bullicio y al probable humo de la calle, algunas bailan descalzas en un antiguo salón de madera. Un piano las acompaña. Más allá, en un amplio cuarto azul marino, acordes resuenan veloces. Voces y pies recorren escaleras y pasillos. Duermen en baúles de la memoria. Y ríen, ríen.

Bajo el agua de la gotera, se lavan las pesadillas que, ocasionalmente, asaltan a sus desprevenidas habitantas mientras duermen sumergidas bajo sus inmensos cobertores. Viajeras aquí hospedadas dicen haber percibido ancestras fantasmáticas recorrer las habitaciones. Mientras, *the mad woman in the attic* se asoma chascona preguntando por el desayuno.

Una morena hermosa, de líneas curvas y negro pelo hasta la cintura,

* Publicado en *Con-spirando* 48 (2004), *Cuerpos urbanos*.

revuelve con todo el cuerpo una olla inmensa donde tiñe lanas con pichi, palto, flor del jarro y otras yerbas. Por la tarde, entre las sábanas blancas tendidas al sol, las niñas juegan a buscar a las perdidas en el fondo del jardín.

En largos inviernos lluviosos, comparten llamas en peligro de extinción. Abrazadas —contorneando el sutil límite del encuentro— en agudas charlas mañaneras, ellas se sostienen. Tendidas en hamacas o colgando de los árboles silban como pájaras saludando a las vecinas. Las ropas mojadas, entre las ramas, dibujan mosaicos de luces. Y atravesando las sombras, la puerta se abre y entra, como una ola, cada día, una nueva impresión.

Las hortensias a veces se marchitan, quizás por falta crónica de fe. Toronjil y poleo aromatizan el rincón junto al agua. La casa es verde, blanca y sepia y los cuerpos son café. Ellas son camaleonas, artistas de la representación. Por eso todo lo dicho hasta aquí podría ser probablemente distinto (o de otro color).

En noches así se puede sentir un trompe. Y entre bromas cariñosas y lágrimas diversas, se tejen tramas de significación. Rumas de libros en el altillo. Vivir en otros mundos, saltar a la imaginación. Tras el muro ¡quién sabe! ¿Trepar? ¿Hacer un túnel? ¿Nadar hacia otra parte? (tengo una idea, es la de ir hacia el lugar que yo más quiera).

Cuerpos vehementes en la escena creativa de cada momento. Habitando –con desenfado y porfía– su ciudad y su tiempo.

COLECCIÓN
CON-SPIRANDO: Revista latinoamericana de ecofeminismo, espiritualidad y teología (1992-2009)

Nº 60: Sabidurías compartidas.
Nº 59: Rutas de mujeres.
Nº 58: Liderazgos creativos.
Nº 57: Sexualidad y dinero.
Nº 56: Teologías, espiritualidades y éticas: revisando nuestros ejes.
Nº 55: ¿De qué enfermamos las mujeres y cómo sanamos?
Nº 54: Nuestros miedos.
Nº 53: Espiritualidad y erotismo.
Nº 52: Mujer y política.
Nº 51: Nuestras historias: revelando pistas de sanación, liderazgo, empoderamiento.
Nº 50: Comunidades sustentables de mujeres. Un sueño posible.
Nº 49: María Magdalena: levantando la sospecha.
Nº 48: Cuerpos urbanos.
Nº 47: Otras realidades: misticismo, chamanismo y locura.
Nº 46: Éticas y sexualidades.
Nº 45: Vírgenes y diosas de América Latina:… la resignificación de lo sagrado.
Nº 44: Sentidos de vida: ¿Dónde ponemos nuestra seguridad?
Nº 43: ¿Quiénes somos? Nuestros mestizajes.
Nº 42: Re-visitando los ciclos: la vejez.
Nº 41: Re-visitando los ciclos: jóvenes.
Nº 40: Con-spirando: 10 años.
Nº 39: Re-visitando el género.
Nº 38: Más allá de la violencia cultural y religiosa.
Nº 37: Cuerpo, política y placer.
Nº 36: Arquetipos: dadoras, amantes, guerreras y sabias.
Nº 35: Muertes, pérdidas y duelo.
Nº 34: Rituales y arte.
Nº 33: Cuerpo y política.
Nº 32: Mitos y poderes.
Nº 31: Vida religiosa: un llamado a la liminidad.
Nº 30: Ciclos entretejidos.
Nº 29: Tiempos de envejecer.
Nº 28: Mujer adulta: entrelazando ciclos.
Nº 27: Tiempos de inicio.
Nº 26: (Trans) formación y cambio cultural.
Nº 25: Derechos humanos: ¿Qué derechos? ¿Derechos de quiénes?

Nº 24: Trabajo: sentidos y sin sentidos.
Nº 23: Ecofeminismo: hallazgos, preguntas, provocaciones.
Nº 22: Un tal Jesús... Uds. ¿Quién dicen que soy?
Nº 21: Desde la memoria sumergida: nudos, desplazamientos.
Nº 20: Autonomías y pertenencias: ¿Dónde ponemos los límites?
Nº 19: Por sus símbolos los reconoceréis.
Nº 18: ¿Cambiar el mundo?: nudos, desplazamientos.
Nº 17: Ética y ecofeminismo.
Nº 16: Afectos y poderes.
Nº 15: ¿Hombre y mujer los creó?
Nº 14: Sombras, brujas, sueños.
Nº 13: Buena nueva, buenas nuevas.
Nº 12: Cuerpo y sanación.
Nº 11: Nuevas economías.
Nº 10: La muerte... de la vida el otro lado.
Nº 9: Oh María, madre mía.
Nº 8: Desarmar la violencia.
Nº 7: Por amor al arte.
Nº 6: Haciendo memoria: raíces indígenas.
Nº 5: De cuerpo entero.
Nº 4: El ecofeminismo: reciclando nuestras energías de cambio.
Nº 3: La teología feminista en Asia: transformando una pirámide en un arco iris.
Nº 2: Re-tejiendo las huellas de nuestro mestizaje.
Nº 1: Convocando nuestra red de ecofeminismo, espiritualidad y teología.

OTRAS PUBLICACIONES

- Eterno Deseo: reflexiones para una eco-espiritualidad, Comité ecológico de los misioneros laicos de Maryknoll en Chile. (2011)
- Ella se mueve en círculos: las formas interiores de Toni Wolff y la vida relacional, Rachel Fitzgerald. (2011)
- Circling in, Circling out: A Con-spirando Reader. Mary Judith Ress, ed. (2005)
- Vírgenes y diosas de América Latina: una resignificación de lo sagrado. Verónica Cordero, Graciela Pujol, Mary Judith Ress, Coca Trillini, coords. (2004)
- Without a Vision, the People Perish: Reflections on Latin American Ecofeminist Theology. Mary Judith Ress. (2003)
- Lluvia para florecer: entrevistas sobre el ecofeminismo en América Latina. Mary Judith Ress. (2002)
- Diosas y arquetipos: en memoria de Madonna Kolbenschag. Colectivo Con-spirando. (2001)

- Cuaderno de ritos. Colectivo Con-spirando. (1995)
- Del cielo a la tierra: una antología de teología feminista. Mary Judith Ress, Ute Seibert, Lene Sjorup, eds. (1994)

Materiales Educativos:

Conociendo para decidir: una brújula para mi autocuidado.
Material educativo en sexualidades y ciudadanía. (+ CD)
Susan Cabezas, Carla Cerpa.

CD Nuestro cuerpo - Nuestro territorio
Josefina Hurtado y Ute Seibert, coords.

CD Liderazgo y memoria
Josefina Hurtado, coord.

CD Diosas y arquetipos
Colectivo Con-spirando

CD Celebrando Ritos
Colectivo Con-spirando

Venta de publicaciones:
contacto@conspirando.cl
www.conspirando.cl

Agradecimientos especiales: a Andrea Gálvez y a Judy Ress por su ayuda con la transcripción de buena parte de los textos y por animarme cada vez que me enviaban uno listo; a Ariel Corbalán por su generosidad; a Josefina Hurtado por el empujón inicial y por coordinar magistralmente las infinitas fases del trabajo de publicar un libro; a Ute Seibert por hacer más legible este libro con su presentación; a mission 21 por su apoyo, al Colectivo Con-spirando en pleno (versión 2012) por acoger la idea de publicar este libro; y al Colectivo Con-spirando en cada una de sus versiones, por eso de que sin cada una de las mujeres que lo han integrado en algún momento, de verdad y más allá del cliché, este libro no habría sido posible.